

65-3
48

4-15-7-91

400840
MADE IN SPAIN

ACTA

4

DE LA

SESION PÚBLICA CELEBRADA EN 31 DE MAYO DE 1880

EN EL

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE GRANADA

PARA

ADJUDICACION DE PREMIOS

EN EL

CERTÁMEN

CONVOCADO POR ESTA SOCIEDAD



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

ALFONSO MARTINEZ

GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO SABATEL,
PLAZA DE BIBARRAMBLA,
1880.

4-16-7-91

65-9
18

ACTA

4

DE LA

SESION PÚBLICA CELEBRADA EN 31 DE MAYO DE 1880

EN EL

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE GRANADA

PARA

ADJUDICACION DE PREMIOS

EN EL

CERTÁMEN

CONVOCADO POR ESTA SOCIEDAD



Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del licenciado
graduado poeta

BALTASAR MATEO

GRANADA.

—
IMPRESA DE PAULINO SABATEL,
PLAZA DE BIBARRAMBLA.
1880.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malogrado poeta

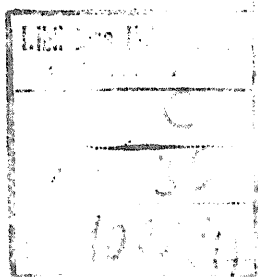
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

ACTA DE LA SESION.

En la Ciudad de Granada á 31 de Mayo de 1880, en el Salon de sesiones del Liceo se abrió la presente con asistencia de un numeroso concurso compuesto de Autoridades, Comisiones de las Corporaciones científicas y literarias, individuos de la indicada Sociedad, Académicos y demás personas que habian recibido invitacion.

Presidia el acto la Sra. D.^{na} Luisa Monís de Lopez Muñoz, quien con las Srtas. D.^{na} Mercedes Góngora y Carpio, D.^{na} Lina Contreras y Granja, D.^{na} Francisca Javiera Cobos y Doña Aurora Lopez Muñoz, formaban el Tribunal de Honor que debia entregar los premios á los autores que los habian obtenido.

Á su derecha se hallaba una Comision de los distintos Jurados, compuesta del Excmo. Sr. D. José M.^o Jaudenes, con el carácter de Presidente, D. Indalocio Abril y Leon y D. Cleofas Marin; y ocupando la mesa de la izquierda del Estrado se encontraban bajo la presidencia del Excmo. Sr. Capitan General del Distrito D. Adolfo Morales de los Rios, los Sres. Don Antonio Lopez Muñoz, Presidente general del Liceo, D. José Cotta y Serna, Vice, D. José de Lacalle, Secretario de la Academia de Ciencias y Literatura y el infrascripto como Secretario general.



Por las alumnas de la Escuela de Música que costea esta Sociedad, bajo la dirección del Sr. D. Antonio Guillen, se cantó á toda orquesta el «Himno al Genio del Arte» presentado á certámen, y cuyo lema es «Loor á Granada,» que ha obtenido como accesit Lira de plata, siendo aplaudido con entusiasmo.

Á seguida el Sr. D. Antonio Lopez Muñoz pronunció el discurso que se inserta á continuación, siendo interrumpido varias veces por los aplausos de la concurrencia, que al final hizo las mismas calurosas demostraciones.

El Excmo. Sr. D. José M.^a Jaudónes, como Presidente del Jurado calificador, leyó un erudito y brillante discurso que también se inserta, obteniendo unánimes aplausos.

Se procedió á la apertura de los pliegos que contienen las firmas de los autores premiados, y cuyos lemas constan en el discurso del Excmo. Sr. Presidente del Jurado, resultando haberse obtenido los premios ofrecidos en esta forma:

MÚSICA.

LIRA DE PLATA.—Sr. D. Mariano Blazquez de Villacampa.

LITERATURA.

Primer tema.—«Rendición de Granada y entrada en ella de los Reyes Católicos.»—*Premio.*—PLUMA DE ORO Y TURQUESAS, regalo del Excmo. Sr. Gobernador civil de esta Provincia, Sr. D. Carlos Luis Cuena.—*Accesit.*—PLUMA DE PLATA, Sr. D. Juan Tejon Rodriguez.—*Mención honorífica,* Sr. Don Francisco Javier Gozalvez.

Tercer tema.—Oda á San Juan de Dios.—*Premio.*—GRANADA DE ORO, Sra. D.^{ta} Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Accesit.*—PLUMA DE PLATA, Sr. D. Aureliano Ruiz.

Cuarto tema.—Composición de metro y tema voluntario.—*Premio.*—PENSAMIENTO DE ORO, «Roma pagana,» Sra. Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

Quinto tema.—Tradicción granadina en prosa.—*Premio.*—PLUMA DE ORO, «La Cruz Blanca,» Sr. D. José Acosta y Werter.—*Accesit.*—PLUMA DE PLATA, «La Cruz Blanca,» Sr. D. Carlos Luis Cuena.

PINTURA.

Premio.—CAMELIA DE ORO.—Cuadro de género del Sr. Don Juan Guzman.—*Accesit.*—CAMELIA DE PLATA.—Cuadro.—«El tránsito de San José,» Sr. D. Valentin Barrecheguren.—*Mención honorífica.*—Dos cuadros de género y paisajes, Sr. D. Emilio Millan Ferriz.

ESCULTURA.

Premio.—CLAVEL DE ORO.—«Mater Dolorosa,» en barro, Sr. D. Francisco Morales.

Los autores presentes al acto, Sres. D. Carlos Luis Cuena, D.^{ta} Enriqueta Lozano de Vilchez y D. Aureliano Ruiz dieron lectura en la Tribuna de sus poesías, recibiendo los premios del Tribunal de Honor, y los aplausos no interrumpidos de la concurrencia.

Los autores de las demás obras de arte recibieron sus premios igualmente, y por la ausencia de los Sres. Tejon Rodriguez, Barrecheguren y Blazquez, recibió sus premios de la Presidente el infrascripto como Secretario general.

Después se cantó el coro «La Caridad» Rossini, por las alumnas de la Escuela y las Srtas. D.^{ta} Luisa Gonzalez Zavala, D.^{ta} Asuncion Gonzalez y D.^{ta} Melehora Fauste, discípulas del Sr. Guillen, que recibieron entusiastas aplausos; terminándose la sesión, de que yo el Secretario certifico.—ABELARDO MARTINEZ CONTRERAS.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta

BALTASAR MARTINEZ DÚRAÑ,
PALABRAS PRONUNCIADAS

POR

D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ,

PRESIDENTE DEL LICEO.

Cuando en medio de las agitaciones que produce la lucha diaria de la vida, en la cual parecen agotarse nuestras fuerzas, se ofrece el espectáculo que vosotros ofrecéis de que, depuestos siquiera sea provisionalmente encontrados intereses y afectos, latan todos los corazones á impulsos de un mismo sentimiento y se muevan todas las voluntades á un mismo propósito, para venir á hacer de esta casa un templo en el cual se rinda culto á la majestad del arte, el espíritu se engrandee; y á través de los vapores que forman las tristezas de la realidad presente, como abrumada y empequeñecida por las sombras gloriosas del pasado, se vislumbran destellos de esperanza y se descubren llenos de luz los horizontes del porvenir.

Hay veces en que, fija la vista en el cuadro que presenta la patria, esta patria tan desgraciada y tan querida, en la cual parecen enmohecidos ó gastados los resortes de la vida, entibiada la fe, amenguado el valor, desconocido el derecho, desoida la ciencia, desencadenado el viento de las pasiones, hay veces, digo, en que se apoca el ánimo más sereno, como si no hubiera ya más bien ni más refugio para el genio español que volver tristemente los ojos á su pasada grandeza y llorar sobre sus ruinas. Pero á la contemplacion de estas magníficas fiestas del arte, de estas nobles competencias del trabajo intelectual,

se disipan como por encanto todos los temores y se despiertan todas las esperanzas; y en cada nota de la inspiracion que aquí poneis á tributo, y en cada movimiento de regocijo que en vosotros produce este homenaje sagrado, va envuelta una promesa de redencion para la patria; que siempre están en camino de regenerarse así los individuos como los pueblos, cuando no se ha cegado en ellos la fuente del sentimiento, siempre bienhechora y siempre fecunda.

La redencion por el sentimiento; la redencion por el amor; la redencion por el arte. Busque el genio germánico los derroteros de su prosperidad á la luz de la filosofia; ábralos el genio británico con la llave del comercio; extiéndalos el genio eslavo con las dilataciones geográficas; el genio latino, y singularmente el genio español, han de recorrerlo en alas del amor, porque eso pide nuestro carácter caballeroso y espléndido, eso pide nuestra historia, que es toda ella una expansion heroica del corazon, eso pide hasta nuestro clima, cuyas rosas parecen bocas entreabiertas de ángeles que sourien, y á través de cuyo cielo diáfano llegan á nuestra frente para iluminarla y á nuestro corazon para encenderlo los mismos resplandores de lo infinito. (*Aplausos.*)

¿Y es por eso ménos grande nuestra mision? ¿Es por eso ménos alto nuestro destino? No en verdad; porque si la inteligencia es la luz que orienta y la voluntad la fuerza que obra, el sentimiento es el fuego que impulsa. Quitad á la vida el sentimiento, y es como si quitárais la lumbrera al sol, el canto á las aves, el aroma á las flores, el viento á las velas que cruzan la soledad de los mares y el vapor á esas máquinas que cruzan los campos arrojando al cielo columnas de humo como si fueran plegarias del trabajo humano. (*Aplausos.*) La idea sin el sentimiento es infecunda; la idea germina en la mente del sabio, y el sentimiento es la paloma mensajera que la lleva á la espada que defiende la patria; al cincel que arranca un latido de amor al corazon de la roca; á la pluma que copia las armonías de la tierra y del cielo; á la palabra que señala el punto de luz en los abismos de la conciencia; á la mano que une las co-

rrientes y las olas de apartados mares; al lente que descubre las ocultas maravillas de la Naturaleza; al arado que surca la tierra; á la constancia del mártir que cae en la arena del circo bajo las garras de los tigres de Hircania; á la cruz del misionero, que dejando hogar y familia y patria, va hasta los últimos confines del mundo á sufrir todas las inclemencias por conquistar un alma para el cielo. (*Aplausos.*)

Y el arte es la expresion más pura del sentimiento; el sentimiento es la nota y el arte es el concierto y la armonía; y así como el sentimiento late en todos los actos del espíritu, el arte tiende sus hilos de oro por toda la trama de la vida. Vosotros tendreis, seguramente, del arte la idea que yo tengo: el hombre ha de cumplir una mision; practicar lo bueno: para esto ha de conocer las justas relaciones de las cosas; tal es la ciencia: una vez conocido el bien, ha de amarlo y practicarlo; tal es la virtud; pero ha de practicarlo ejercitando su actividad siempre en armonía con las condiciones del objeto sobre que versa; tal es el arte. No basta conocer el bien y ejecutarlo con recto propósito; es necesario que los medios sean los conducentes al fin, y que la conducta sea por tanto un verdadero organismo, un conjunto adecuado, proporcionado, armónico; el arte es, pues, ante todo y sobre todo armonía, y la armonía es la fuente de la belleza. De ahí que el arte, como esencial que es á la vida humana, y por ser la vida humana un órgano del organismo universal, tenga en todas las esferas de la realidad sus elementos y resonancias. ¿Quereis ver en la Naturaleza el arte de la industria? Pues mirad el panal de las abejas. ¿Quereis saber dónde está la fuerza que impulsa las locomotoras? Pues mirad los volcanes. ¿Quereis saber dónde está ese flúido que trasmite la palabra con la rapidez del deseo? Pues mirad el rayo de las nubes. ¿Quereis saber dónde están las notas musicales? Pues atended al canto de las aves, al murmullo de los bosques y á los bramidos del mar. ¿Quereis saber dónde están los colores y los contrastes y los perfíles? Pues mirad el verdor de las hojas y los cambiantes del iris y los arboles de la tarde. ¿Quereis modelos de arquitectura? Pues llegad á las grutas estalactíticas

que parecen palacios encantados, y penetrad en las selvas vírgenes de la Germania, que parecen catedrales góticas. ¿Queréis modelos de escultura? Pues ahí está el cuerpo humano. ¿Queréis fuentes de poesía? Pues mirad todo eso junto, percibid su ritmo y su cadencia, penetrad en el fondo del alma, seguid las corrientes de la historia, elevaos á la idea de lo absoluto como razón ordenadora y providente de la humanidad y del mundo y de todos los mundos que ruedan por el espacio, y decidme si hay algo más grande que el arte, siendo rico en armonías como la Naturaleza, libre como el espíritu y eterno como Dios. (*Aplausos.*)

¿Os cabe duda de que el arte trasciende á toda la vida como tejido necesario de su organismo? ¿Podeis desconocer que es, al mismo tiempo que el impulso, la vestidura de todo lo bello y de todo lo grande? Pues fijos en cualquiera relación de la actividad humana, y vereis cómo son artistas los sabios y los guerreros y los santos y los mártires. Aníbal es artista, el artista del valor, cuando atraviesa los Alpes, ante cuyas fragosidades retrocede la misma fuerza de la tempestad, y cae sobre el corazón de Roma para prestar el juramento hecho á sus mayores y para vindicar la honra de su patria; porque hay en él un pensamiento heroico y un plan acabado y un fin elevado y noble. Newton es artista, el artista de la verdad, cuando sorprende la ley de gravitación universal que rige los orbes, mostrando la unidad del cosmos y dándola asimismo á la ciencia. Job es artista, el artista de la santidad, cuando levantando su cabeza, sobre la cual pesaba con inmensa pesadumbre el más duro de los quebrantos, convierte los ojos al cielo y bendice la mano que permite sus males, afirmando de esta manera el lazo de la piedad, que hace de la vida del hombre una bella semejanza de la vida de Dios. Colón es artista, el artista de la fe, cuando fiando sus esperanzas á frágiles leños arriba al fin á las playas americanas, que al decir del más grande de los oradores modernos, si no hubieran existido, Dios las hubiera creado expresamente para premiar la fe y la constancia del intrépido navegante. (*Aplausos.*) Guzmán es artista, el artista del patriotis-

mo, cuando inmola la vida de un hijo por dejar ileso la bandera española, haciéndola después ondear sobre los muros de Tarifa como emblema de ese amor bendito que hace de la patria un altar venerando; porque los sabios y los guerreros y los santos y los mártires tienen en su alma en grandioso compendio esa misma fuerza que hace reventar el volcan por la cima de la montaña, ese mismo fluido que enciende el rayo en las nubes, esa misma luz que pinta los colores del iris, esa misma armonía que sale del fondo de los bosques, ese mismo poderoso aliento que arranca un hondo bramido á las augustas soledades del mar.

Vosotros venís á consagrar espléndidas manifestaciones de las artes bellas, que son las más preciosas, porque muestran de un modo más brillante la esencia infinita, marcando con las claras intuiciones del genio los ideales humanos, en busca de los cuales suele la ciencia extraviarse en su trabajo de especulación. Y en épocas como la presente, en que el pensamiento, por un afán quizá immoderado de crítica, zozobra y se pierde en los abismos de la duda, conmoviendo hasta los cimientos de lo que parecía más arraigado en la conciencia humana; en épocas como la presente, en que difícilmente se mantiene el espíritu en el límite de lo debido y el análisis se convierte en escepticismo, la fe en superstición, el valor en audacia, la autoridad en despotismo y la libertad en licencia; en épocas como la presente, en que la luz de la convicción vacila y se apaga, el artista, y singularmente el poeta, hiere las fibras del sentimiento y lleva la mirada de los pueblos al ideal que, envuelto en los resplandores de su belleza, conmueve y aúna las voluntades, abriendo nuevos caminos entre la bruma de ideas encontradas, dando al espíritu una tregua para que se rehaga y cobre aliento; y de este modo viene á ser la poesía el arca santa en que se salva acaso la conciencia de un siglo y en que se encierra el germen de vida de las siguientes generaciones.

Esa es vuestra obra; ved si no es cierto que está acaso en vuestras manos la redención de la patria; ved si no es cierto que los pueblos pueden redimirse por amor. ¿Cómo no, si la

redencion es siempre la obra del amor? Mirad si no el Calvario, y decidme si no se muestra el amor que inspiró aquella sublime tragedia hasta en la forma de la cruz, que tiene sus brazos siempre abiertos como para abrazar al mundo.

Vosotros, artistas, vais á recibir de una manera pública y solemne el premio de vuestra inspiracion y el galardón de vuestro esfuerzo; habeis rendido culto al sentimiento, habeis sentido correr por vuestras almas el fuego del sentimiento; pues bien, el sentimiento, que tiene en la mujer su expresion más pura, ha tomado cuerpo en ese tribunal de honor para coronar por su mano vuestras frentes. Así os corone tambien ante el tribunal de la Historia la mano augusta de la inmortalidad.—
He dicho —(*Aplausos repetidos.*)

DISCURSO

LEIDO POR EL

Excmo. Sr. D. José María Gaudénes,

PRESIDENTE DEL JURADO.

Pocas veces, nunca quizá, en el trascurso de mi vida, he podido considerarme más honrado que en esta ocasion, ni nunca tampoco he sentido más visiblemente que ahora la deficiencia de mis facultades para ejercer mi cometido.

La bondad de esta asociacion ilustre, que no mi voluntad, débil y sobrecogida ante la responsabilidad que afronto, ni mucho ménos mis merecimientos, escasos si no negativos, ante los de otros que pudieran muy bien haber ocupado este puesto, me proporciona hoy el honor, que cumplo con mucho gusto, aunque con la desconfianza que es hija de la escasez de mis fuerzas, de dirigiros la palabra, como presidente que he sido, aunque inmerecidamente, del Jurado de este certámen.

Mal aconsejado podríais juzgarme ciertamente, señores, si con motivo de este acto, que debe revestir, sobre todo y ante todo, un carácter y estructura especial, el de la censura y calificacion de las obras presentadas á nuestro recto é imparcial juicio, os hiciera yo, siquiera no fuese más que á grandes rasgos, la historia del origen y desenvolvimiento de estos verdaderos pugilatos de la inteligencia y del ingenio. Mejor que yo sabeis todos que tuvieron sus albores en Francia, en la ciudad de Tolosa, en los comienzos del siglo XIV; que se llamaron en un

principio *alardes de la Gaya ciencia*; más tarde, cuando empezaron á tomar formas dogmáticas, *Juegos de flores ó de amor*; que se concedían títulos de Bachilleres y de Doctores en favor de los mantenedores triunfantes en estos palenques, y que una mujer peregrina, inolvidable, Clemencia de Isaura, fué, si no la iniciadora, como algunos han supuesto, la protectora más activa, más diligente, más eficaz en la celebracion de esta clase de espectáculos, como entre otros actos de su vida, consagrada exclusivamente á las recreaciones del espíritu en su acepcion más culta y más acentuadamente intelectual, lo evidencia el singularísimo de haber dejado, por su muerte, bienes propios en cantidad importante, verdaderamente espléndida, en favor de la *Institucion conservadora de los juegos florales*.

Tampoco ignorais ninguno que, despues de invadir la práctica de ellos poblaciones de la antigua Galia, tan principales como la industrial Lion, la mercantil Marsella y la por tantos títulos nobilísima y famosa ciudad de Orleans, dentro de cuyos muros hubo trovadores que entonaron endechas en concursos de campo abierto, inspirados admiradores y copistas de la naturaleza en sus brillantes exhibiciones, célebres músicos llamados con justicia en aquellos tiempos *Cantores de la divinidad*, y renombrados escultores á quienes coronaron las hermosas por el éxito de sus producciones, penetró en la capital de aquella nacion, en Paris, la costumbre de contender los artistas en actos públicos á que de ordinario asistía el, si no sabio, discreto y galante rey que, con justicia, aunque con exceso de soberbia, se atribuía la personificacion de su Estado, y que, por último, rebasando los Alpes y horadando los Pirineos con la facilidad que hacen cortar largas distancias y pigmeos montes gigantes las ideas que llevan en sí el gérmen del progreso de la humanidad, cuya propaganda y aclimatacion no hay poder que pueda impedir, ni valla que contenga ni ataje, por oponerse á ello la alteza de su origen, lo providencial de su naturaleza, y porque, como hijas que son de soberano é incontrastable designio, allí van donde quiere llevarlas la excelsa sabiduría del Padre de la luz, del que todo lo puede, propagóse á Italia, aclimatóse

en España, y, en las más importantes y cultas poblaciones de ambos reinos, hubo justas y hubo flores para autores laureados. (*Aplausos.*)

Permitidme, señores, recordar un instante aquel período de gloria en que la alborada del Renacimiento iluminó el Occidente, y en que Italia y España encarnaron todo el movimiento artístico de Europa.

Entonces resonó la apasionada lira del célebre poeta de Arezzo, del que en Aviñon supo descollar entre los trovadores provenzales; del que, enamorado de la bella esposa de Hugo de Sade, vertió en sus sonetos y en sus tristes canciones la melancolía que el corazón le devoraba; del que fué coronado en el Capitolio; del genio, en fin, que se llamó Petrarca. Más tarde el Cisne de Sorrento, el inmortal Torcuato, escribe aquel libro grandioso en que conmemoró las heroicidades de Godofredo y el espíritu cristiano que llevara á los campeones de la Cruz á morir en las desiertas llanuras de Palestina. Y ved como la lírica del apasionado vato que fabricó en Valehusa el nido de ruiseñor de que salieron sus canciones, influyó en la española cuando, en las risueñas márgenes del Genil, se conocen Navegiero y Boscán que introdujo en nuestro Parnaso la dulce métrica italiana, la cual, á pesar de las rudas invectivas de Antonio Villegas, Cristóbal de Castillejo y el portugués-español Gregorio Silvestre, floreció con las sentidas églogas, con la verificación suave y adecuada á melancólicos pensamientos, con la sencilla estructura de las composiciones de aquel Garcilaso que suspiró sus endechas

«Cual suele el ruiseñor con triste acento
quejarse entre las hojas escondido»

y que murió, como valiente y caballero, en el campo de batalla.

Es imposible mirar á aquella brillante época sin sentir los ojos fatigados por tanta luz y tan refulgentes resplandores. Á la vez que la poesía, la pintura fabricaba el pedestal de los grandes maestros del siglo XVII. Y vemos nacer la escuela

florentina con Brunelleski, que creó la perspectiva, y Pablo Vecello que la divulga; y agigantarse con Masaccio, que comprende el contorno de las figuras, la verdad del desnudo, se eleva á la expresion de los más difíciles sentimientos y siente el color y el claro-oscuro; con el enciclopédico Leonardo de Vinci, que nos admira en su memorable *Cena de Jesús*; con Miguel Angel Buonarroti, que dió á sus pinceles la energía de su cielo y nos asombra en sus maravillosos frescos *La creacion del hombre*, el *Profeta Joel* y el *Juicio final* de la Capilla Sixtina; con Fra Bartolomeo; con Andrés del Sarto, que hace visible la independencia de su genio en aquel lienzo portentoso con que se honra el Museo de Paris; con Carduci, Pomeranci y otros héroes de la pintura. En la escuela paduana, cuyo ideal fué el vigor del colorido, aparecen Melozzo de Forli, notable por su atrevimiento en los escorzos; Mantegna, que cultiva los asuntos de historia profana, y Bellini, el ilustre maestro de Ticiano. Así el arte, que reúne en el siglo XV los elementos que ha menester para su más brillantísima época, se lanza á las nubes del idealismo en el XVI, en que la escuela florentina, de que ya me he ocupado, la de Roma, la de Parma, la Bolonesa, la de Nápoles, la de Milan, la de Madrid, la Sevillana y la de Valencia, producen los gigantes de la pintura, que han asombrado al mundo con sus majestuosas concepciones. Rafael, el primero en el dibujo, en la composicion de sus cuadros y en representar la violencia de las pasiones con un exterior tranquilo; Ticiano, que da á las figuras una movilidad hasta entonces desconocida; el Tintoreto; el Veronés; Bassano, creador del género *costumbres populares*; Correggio, llamado *el hijo de las gracias* por sus armónicas combinaciones de la línea y el color, de la luz y de las sombras, y que ha enriquecido el Museo Parisien con la preciada joya *Los desposorios de Santa Catalina*; el Zingaro, que sobresale por sus hermosos frescos. Y en España, señores, surgen, allá por los siglos XV y XVI, la escuela castellana con Berruguete, que armonizó las buenas proporciones del cuerpo humano con la grandiosidad de las formas; Luis Morales, que adivinó la idealidad del desnudo, de los

efectos de la luz y la expresion, y que preparó el terreno á Velazquez, príncipe de los pintores; la escuela Sevillana con el correctísimo Luis Vargas; con el erudito Pablo de Céspedes; con Juan Roelas, émulo de Ticiano y Tintoreto; con Zurbarán, precursor del divino Murillo, que trasportó la luz del cielo al cuadro de su San Antonio y retrató la pureza de María en la celeste faz de sus Concepciones.

Y si sorprendente el desarrollo de la pintura, no menor el del arte que inmortalizara á Beethoven, Mozart, Háidy y Bellini. En la época á que me refiero, en la consagracion de Carlos V, óyese por primera vez una misa escrita para cuatro partes, misa que escribió Guillermo de Mauchault. En el siglo XV adelantó extraordinariamente el conocimiento de la armonía, y en el XVI se levantaron figuras como la de Després, ilustre maestro de la capilla de San Márcos; Petrucci, que aplicó la impronta á las publicaciones musicales; el celebérrimo Alfonso de La Viola, y el más celebérrimo Giovanni Pierluigi da Palestrina, cuya sublime inspiracion del *Miserere* hace aun oscilar las robustas bóvedas del Vaticano; aquel que dió á la música religiosa el carácter de soveridad que le faltaba, y fué restaurador del sentimiento en la melodía; Vitoria, en fin, uno de los más famosos músicos españoles.

Tal es el cuadro que nos presentan los siglos en que mayor preponderancia tuvieron los certámenes, pugilatos de la inspiracion artística. Y no me tachareis, seguramente, de exagerado, si os digo que el estímulo que tan nobles fiestas proporcionaba á los vates y artistas contribuyó á favorecer el movimiento y desarrollo del arte en sus múltiples manifestaciones. Ved aquí la gigantesca importancia del acto que el *Licco* acaba de realizar, importancia que no insistiré en evidenciaros, porque ya la apreciáis y conocéis, señores, quizá tan bien con mayor riqueza de antecedentes de los que yo os pudiera aducir, si lo intentara, en el presente caso; y por ello, y porque como antes os he dicho la índole de este trabajo no consiente ni permite consideraciones didácticas que pudieran muy bien acusar pretensiones que están fuera de mi propósito, ó perturbar de alguna manera

el corte y forma á que debe ajustarse, si ha de conservar íntegra, como deseo, la sencillez y severidad propia de los de su clase, concretaréme única y exclusivamente á exponeros el programa de esta Academia y las conclusiones ó fallos que se han desprendido del concienzudo y desapasionado análisis con que hemos intentado evacuar y llevar á feliz remate el encargo que se nos confiara.

Dividido el certámen en tres secciones, Poética, Musical y Artística, los premios dedicados á los temas de la primera, son: una pluma, una rosa, una granada, un pensamiento y otra pluma de oro; y sus accesits, análogos objetos de plata. Los premios del certámen musical, fueron: una lira de oro, y otra de plata como accesit. Los del artístico, una camelia y un clavel de oro, y por accesit una camelia y un clavel de plata, respectivamente.

Prueba de que no ha decaído en nuestra época el entusiasmo poético de los tiempos heróicos de la lírica española, es el número de composiciones presentadas al Jurado y que ascienden á setenta y nueve, de las que solo mencionaré las premiadas, por no molestar demasiado vuestra benévola atención.

El primer premio se ha concedido á la composición número 79, escrita en octavas reales y cuyo lema es *In hoc signo vinces*, atendiendo á la brillantez de su estilo y á los rasgos poéticos de primer orden que la avaloran; el accesit á la que tiene por lema

«*Dios solo es vencedor, bien lo confiesa*
Desde Alhama, la nazarita empresa»

y cuyo mérito relevante no ha lugar á dudas en la calificación, también benigna para la composición núm. 61, señalada con el dístico

«*En el Alhambra, en Granada,*
Pendones han levantado»

y que se juzgó merecedora de citarse, como lo hago.

Hemos declarado no haber lugar á la adjudicación de los premios del segundo tema, porque aunque varias de las composiciones presentadas indican evidentemente las cualidades poéticas de sus autores, ninguna respondia á la grandeza épica del asunto, y, en su mayor parte, carecen de inspiración.

Ha merecido el tercer premio, por mayoría absoluta del Jurado, la oda núm. 68, cuyo lema es:

«*La caridad es la llave que abre las puertas del cielo.*»

El accesit, la oda núm. 62,

«*Granada fué su cruz, y esa es su gloria.*»

La mención honorífica, la que tiene por lema

«*Charitas patiens est.*»

El pensamiento de oro, ó sea el cuarto premio, cuyo tema es libre, se ha adjudicado á la poesía

«*Roma pagana.*»

Y, á pesar de que, entre las demás composiciones que aspiraban al premio, se encontraron algunas merecedoras de estimación, no se creyó justo concederles el accesit.

Examinados detenidamente los trabajos que optaban á merecer el premio quinto, adjudicose este «por unanimidad» á la sentida tradición que tiene por título:

«*La cruz blanca*»

y por lema

«*Pulvis erit.*»

Y el accesit á la que, con idéntico epigrafe, es su lema:

«*Su hermosura toda y su resplandor como flor de heno.*»

(Isaias, cap. 2.º, v. 6.)

Tal ha sido el resultado del certámen poético.

En lo que toca al musical, el Jurado calificador, despues de excluir una de las composiciones presentadas que no respondia á lo que el programa exige; atendiendo á que el *Himno en partitura*, que es la otra, llena las condiciones prescritas, presentando una estrofa á solo y un coro que reproduce por tres veces aumentando la brillantez; á que su estilo es adecuado y ofrece gusto, salvo en casos excepcionales; á que demuestra el autor conocer los principios del arte, manejando bien las voces y notablemente la instrumentacion; y teniendo tambien en cuenta que, probablemente por falta de práctica, no coloca en el solo la letra con la naturalidad apetecida, presentando repeticiones importunas, ha declarado no haber lugar á la adjudicacion del premio, y conceder solo el accesit al himno á que me acabo de referir.

En el certámen pictórico se adjudicó el primer premio «la camelia de oro» á un cuadro de género que representa unas jóvenes hablando y cantando en un jardín y acechadas por dos viejos verdes. El accesit «la camelia de plata» se ha concedido á un cuadro de género religioso, *La muerte de San José*, sintiendo el Tribunal disponer tan solo de menciones honoríficas para las obras del Sr. Millan Ferriz.

El «clavel de oro,» premio á la escultura, lo ha merecido *La Mater Dolorosa*; y se ha declarado no haber lugar á la adjudicacion del accesit.

He terminado.

Pero no dejaré en el silencio la complacencia que inunda mi corazon al contemplar cómo reverdecen las tradicionales glorias del *Liceo Granadino*; de la corporacion que ha dado á la patria los nombres ilustres de Gertrudis Gomez de Avellaneda, la popular poetisa; de Dolores Gomez de Cádiz, del clásico y correcto Burgos, del erudito y castizo Fernandez Guerra, del profundo historiador La-Fuente Alcántara, de Cañete, García Valenzuela, Amador, Ortiz de Zúñiga, Andreo Dampierre y mil eminencias más que, ora en el campo de la literatura, ora en el de la política y el de la administracion, ora en el de las ciencias y de las artes, han resplandecido al modo que los so-

les resplandecen en las sombrías llanuras sidéreas, inundándolas de luz y de calor con sus amorosos efluvios.

Yo siento, señores, dilatarse mi alma al recordar la inmarcesible historia de este *Liceo*; figúrome asistir á aquellos concurridos certámenes que nada tenían que envidiar á los que se celebraron en las risueñas márgenes del Alfeo y al soplo vivificador de las templadas brisas de la Élide, á los que fueron en Tolosa alardes esplendorosos del *gây-saber* y de la ilustracion provenzal; figúrome oír el argentino timbre de las bellas damas que supieron interpretar las misteriosas inspiraciones de Verdi, de Donizzetti y de Rossini, y las dramáticas escenas del teatro clásico español, el más grande, el más nacional y el más sublime de los teatros del mundo; figúrome, en fin, ver aun las negras líneas de aquel periódico en que vertieron á torrentes prodigios de su imaginacion los escritores y los poetas granadinos.

Y no es un sueño, es la realidad, señores, lo que finge mi fantasía; es que el Liceo se levanta sobre el pedestal de su pasada grandeza; es que se ha iniciado, dentro de él, un período de movimiento y de estímulo que ha de hacerle otra vez acreedor al cetro de la litoratura y de las artes españolas.—HE DICHO.—(*Prolongados aplausos.*)

PRIMER TEMA.

PRIMER PREMIO.

PLUMA DE ORO Y TURQUESAS.—*Regalo del Excmo. Sr. Gobernador civil
D. José María Jaudenes.*

RENDICION DE GRANADA Y ENTRADA EN ELLA DE LOS REYES CATÓLICOS POR D. CARLOS LUIS CUENCA.

Al Marqués de Seoane, Senador del Reino.

†

IN HOC SIGNO VINCES.

El premio del esfuerzo soberano
De siete siglos referir ansío
Y el día memorable en que el cristiano
Deshizo del infiel el poderío.
Y sin audacia y sin orgullo vano
Los quiere reflejar el canto mío
Que... humilde se desliza el arroyuelo
Aunque en sus aguas se retrate el cielo!

¡Cruz sacrosanta que el cristiano adora!
¡Lábaro augusto que al infiel aterra!
Enseña de mi Patria vencedora,
Heróica siempre en la gigante guerra!
Hoy buscando tu sombra protectora,
Que ámplia se extiende en la española tierra,
Llega el poeta, y entusiasmo santo
Viene á pedir para entonar su canto!

I.

No en vano en Covadonga concibieron
Titánica campaña los vencidos.
Puesta en Dios la esperanza la emprendieron
Del amor de la patria enardecidos,
Y siglos tras los siglos trascurrieron
Dejándoles luchando decididos
Sin desmayar en la incesante hazaña
De recobrar á su perdida España.

Con la fe siempre igual, que á las naciones
Sublime ejemplo para siempre sea,
De la lucha á la tumba los varones
Iban, y de la cuna á la pelea.
Cuando una noble raza de leones
Camina en pos de levantada idea,
Con fe segura y con valor constante,
¿Quién contra su poder será bastante?

Como el alud, que la nevada frente
De la montaña altísima dejando,
Al hondo valle arrójase valiente,
Y su mole y sus fuerzas aumentando,
Llega por fin con ímpetu creciente
Obstáculos inmensos arrastrando.....
Así, para colmar su firme anhelo,
El cristiano valor... bajó del cielo!!

Palmo á palmo el cristiano recupera
La tierra por el árabe usurpada,
Y allí va señalando su frontera
Adonde alcanza el filo de su espada!
La altiva raza, en su triunfal carrera,
Se extiende por la tierra conquistada
Y... ganando en la lucha sus coronas,
Álzanse reinos en las varias zonas.

Brotan así, y en rumbos diferentes
Se van los arroyuelos deslizano,
Y así marchan distintas sus corrientes
El terreno que cruzan fecundando,
Hasta que al fin, por varios accidentes,
Unos á otros viénense juntano,
Y hállanse al cabo, todos reunidos,
En caudaloso río convertidos.

Y así los varios reinos sus legiones
Por distintas comarcas conducian,
Y sus más esforzados campeones
Las tierras que pisaban sometian.
De modo igual propicias ocasiones
Uno con otro reino reunian
Hasta llegar al término dichoso
De formar uno solo poderoso.

II.

Lo quiso el cielo y de la causa honrada
Remuneró piadoso el noble anhelo.
La mirada de Dios fué derramada
Pura y radiante sobre el patrio suelo,
Y al divino calor de su mirada
Tomó vida un amor, fruto del cielo,
Que unió dos reinos bajo el yugo blando
De la reina Isabel y-el rey Fernando.

Era Fernando de gentil aspecto,
Caballero cortés, fuerte soldado;
Frio y razonador en el proyecto;
Atrevido en el plan y reservado;
Tenaz y altivo en el llevarlo á efecto;
Y en sus empresas siempre afortunado,
Siendo de sus venturas la primera
El lograr á Isabel por compañera.

Isabel... Isabel... Su nombre hermoso
Como la aurora al sol, la gloria anuncia:
Solo, con entusiasmo fervoroso,
Por honrarse, mi labio lo pronuncia;
Mas no haré su retrato; respetuoso
Á esfuerzo tal mi espíritu renuncia
Ya que impresas están sus perfecciones
En todos los honrados corazones!

Sobre el egregio trono colocada
Fué de Isabel idea preferente
El terminar la lucha prolongada
Á través de los siglos subsistente,
Y por la fe, su mente iluminada,
Sabia, serena, enérgica y prudente
Quiso primero la inmortal princesa
Que fuera el héroe digno de la empresa.

De la justicia restauró los fueros,
Firme piedra angular de las naciones,
Y consiguió, de los magnates fieros,
Borrar las enconadas disensiones;
Logrando al fin que nobles y pecheros
Pudieran demostrar con sus acciones
Que por Cristo emprendieron la jornada
Y era una cruz el pomo de su espada!

Y en pos de aquellos siglos ya pasados
Llegó al fin el histórico momento,
Y abrióse á entrambos pueblos esforzados
Palenque decisivo de su intento;
Y con sus damas, grandes y prelados
La misma Reina acude al campamento
Y ella lleva la cruz, invicta palma!
En su corona... y todos en el alma!

III.

El premio que estimula en la porfia
Preciado galardón del venturoso
Quiso Dios prevenir, de tal valía
Que fuera orgullo y prez del victorioso,
Y puso en la región de Andalucía,
Por los rayos de un sol esplendoroso
Con mágicos destellos esmaltada,
La rica joya... la sin par Granada!

¡Realidad de un sueño de la mente!
¿Quién ante su belleza no se asombra,
Al verte reclinada blandamente
Sobre la persa recamada alfombra?
¿Quién respira tu aromado ambiente
Y halla en tus bosques la encantada sombra?
Y tus tesoros vé, gloria del arte,
Ya no es posible nunca el olvidarte!

Porque lleva en el alma retratada
La blanca sierra de gigante altura
Sobre el azul del cielo dibujada,
Y la ancha vega de eternal verdura,
Y del Genil la cinta nacarada
Donde la luna pálida fulgura,
Y escucha al Dauro en su región umbría
Correr con melancólica armonía...

Tal la hizo Dios que el árabe al hallarla
En su corona la engarzó por perla.
Era favor del cielo conservarla
Y terrible castigo fué perderla;
Que tardó el agareno en adornarla
Los siglos que el cristiano en merecerla
Y resumía de la raza mora
La rica fantasía creadora!

Asidua abeja trabajando activa
El calado panal de su colmena,
Mejora el néctar que en las flores liba
Y del licor dulcísimo le llena
Y cuando al fin tan anhelado arriba
Patrimonio lo vé de mano ajena!
¡De igual manera los artistas moros
Labraron y perdieron sus tesoros!...

IV.

Del arabesco alcázar encantado
En solitaria estancia misteriosa
Velando está Boabdil desventurado
En fría noche triste y silenciosa,
Que aleja el dulce sueño codiciado
La voz de su conciencia pavorosa,
Y deja inquieto su revuelto lecho
Aire buscando al oprimido pecho.

Pálida luz al ajimez llegaba,
Y la columna de su centro erguida
En sombra sobre el muro retrataba;
Y la rama de un álamo tendida
La sombra horizontal que proyectaba
¿La primera miró con tal medida...
Que en su Alhambra, Boabdil vé con espanto
De la cristiana Cruz el signo Santo!

La claridad que el blanco pavimento
Alumbra con tristísimos fulgores
Los muros del alcázar opulento
Reflejan en sus múltiples labores;
Las leyendas del árabe aposento
Centellean con cárdenos colores
Y sus calados trazos alterando
Otras frases distintas van formando.

Fija Boabdil la vista conturbada
Y las vé sin cesar contar las glorias
De aquellos que han sitiado su Granada
Tras década brillante de victorias,
Y aparta con vergüenza la mirada
De aquellas inscripciones ilusorias
Y «¡Ay de mi Alhambra!» dice ahogado en llanto,
«¡Ay de mí, triste, que rompí tu encanto!

—>¿Por qué la luz que en esas cifras brilla
»Hazañas de Pulgar, aquí pregona
»y de Calbra, el de Cádiz y Tendilla
»y de Gonzalo la bravura abona?
»Por qué cruel repite que me humilla
»Una débil mujer que en su corona
»Lleva una cruz, y quiere la fortuna
»Que hunda en el polvo á mi menguada luna?

»¿No basta mi fatal remordimiento
»Que en llanto de dolor el rostro anega?
»¿No basta que recuerde el pensamiento
»Que dí á mi patria la civil refriega?
»¿No apresuré yo mismo este momento
»Que vá á llegar de la humillante entrega?...
»Bajo ominosa estrella fui nacido!
»Dios así me formó. Dios lo ha querido!

Hundióse así la mente envilecida
Del fatalismo en la mezquina fosa
Y en imbecil letargo adormecida
Quedó un momento el alma temerosa;
Mas presto con violenta sacudida
Despertó al escuchar voz pavorosa
Que en la cóncava cúpula sonaba
Y hasta el fondo del alma penetraba.

— «¡Ay del Islam, decía, que la palma
»No lograste en el trance decisivo
»Esclavo el pensamiento, yerta el alma
»Y en la molicie tu vigor cautivo!
»¡En copa de placer buscaste calma
»Y el tósigo, bebiste, corrosivo
»Y en ponzoña tu sangre convertida
»La derramaste en lucha fratricida!

»Piedra que se abandona en el abismo
»Húndese por sí sola y desaparece.
»¡Raza que ciega adora al despotismo
»Al abismo se lanza que merece.
»¡Nacion sumida en torpe sensualismo
»Ella fomenta el fuego en que perece
»Y en las yertas cenizas de su gloria
»Queda cerrado el libro de su historia!

V.

Siguiendo su carrera misteriosa
Huyendo vá la sombra lentamente
Y la azulada niebla vagorosa
Abre el brumoso seno por Oriente,
Y entre leves celajes de oro y rosa
Aparece del sol la roja frente
Que el cielo esmalta y á la tierra envía
La luz primera del ansiado día.

Al tiempo que su canto melodioso
Entonaban las aves á la aurora,
Hierva un rumor alegre y bullicioso
En la cristiana gente vencedora,
Y suena el estampido majestuoso
Del hueco bronce de la Alhambra mora
Que anuncia en ecos por la extensa vega
El momento solemne de la entrega.

Aún envueltas en niebla sus almenas
Granada destacaba sobre el cielo
Como la esposa que descubre apenas
El bello rostro bajo el blanco velo!
Las huestes de la Cruz, de gozo llenas,
La contemplaban con ferviente anhelo,
Húmedas las pupilas y radiantes
Y de ansiedad los pechos palpitantes.

Pífanos y atambores, con estruendo
Dan la señal: el campo se levanta,
Y la sagrada púrpura vistiendo
El cardenal Mendoza se adelanta:
Van los prelados del Señor siguiendo
Como cortejo de la enseña santa,
Y los guerreros, pajes y donceles
Que por ella lograron sus laureles.

En su corcel brioso cabalgando,
Airoso el rey sobre la rica silla,
Sus bizarros ginetes va mandando,
Prez de Aragon y gala de Castilla,
Y á una mezquita arábica llegando
Que hay de Genil junto á la fresca orilla
Quédase el rey triunfante detenido
Esperando que llegue el rey vencido.

Lentamente se acerca silenciosa
La triste comitiva que se espera:
Abatido Boabdil: bella y llorosa
Moraima su infelice compañera;
Anciana pero erguida y desdenosa
Aixa en su infortunio altiva y fiera
Y los que fueron gloria del combate
Y hoy el quebranto y la vergüenza abate!

—»Estas, dijo Boabdil con triste acento,
»Las llaves son del bello paraiso,
»Á tí, rey venturoso, las presento...
»No hay otro Dios que Dios y así lo quiso!
»Él, que señala desde el alto asiento
»Al bien y al mal el límite preciso,
»Él, que vertió el dolor sobre mi cuna
»Te dé, rey ensalzado, más fortuna!

Afable el rey, tomándolas, responde:
—«No el ánimo te falte por tu suerte
»Porque es la adversidad crisol, en donde
»Depura su virtud el varon fuerte.
»El bien que huye á tus ojos y se esconde
»Nuestra amistad podrá quizá volverte.»
Dijo y tras un recíproco saludo
Siguió Boabdil su marcha triste y mudo.

Ya en su carrera el luminar del día
Tres horas de la tarde señalaba
Y la ansiedad en que su pecho ardía
Isabel en su rostro retrataba;
Y llegaba á su colmo la agonía...
Y algun azar siniestro presagiaba...
Y á sus pupilas se acercaba el llanto...
Cuando vió de la Cruz el signo santo!

Era la Cruz de plata, refulgente
Por los rayos del sol iluminada,
Que alzaba el Cardenal solemnemente
De *Giáfar* en la torre levantada,
Y todo aquel ejército valiente
Se postró ante la enseña venerada
Todos ¡«Granada, sin cesar gritando,
Por la Reina Isabel y el Rey Fernando!»

Al entusiasta grito de alegría
En la region del viento se mezclaban
Clarines y atabales que á porfía
Los ecos de la sierra fatigaban,
Y de la resonante artillería
Estampidos continuos estallaban.
Todo formando un solo pensamiento.
—»Bien vale siete siglos tal momento!»

Y humillando despues la altiva frente
Ante el sumo Señor de lo creado,
Doblando la rodilla reverente
Desde el Rey hasta el último soldado,
Á la bondad de Dios omnipotente
Canto de gratitud fué levantado
Y jamás tan sentido ni tan tierno
Subió del mundo al trono del Eterno!

Ya ganan de la Alhambra las alturas
Reyes, damas, caudillos y peones...
Y las moradas del placer impuras
Honra por fin la cruz de sus pendones;
Reflejos de cristianas armaduras
Destellan de Alhambra en los blasones
Y resuena en la corte musulmana
La hermosa y rica fabla castellana.

—«¡Señor, ya de Pelayo el pensamiento
»(Dijo Isabel) cumplimos este día:
»elevada tu cruz hoy te presento
»en toda la española monarquía.
»Manda á tu sierva, oh Dios!..» y en suave acento,
La Reina oyó una voz que le decía:
»Un mundo existe en los ignotos mares
»Donde á la cruz elevarás altares!»

PRIMER TEMA.

ACCESIT.—PLUMA DE PLATA.

RENDICION DE GRANADA
Y
ENTRADA DE LOS REYES CATÓLICOS,
POEMA DESCRIPTIVO
POR
D. Juan Tejon Rodriguez.

*Al Excmo. Ayuntamiento de Granada
y á su ilustrado Gobernador Civil el Excmo. Sr. D. José M.^o Jaudenes,
dedica esta incorrecta composicion*
El Autor.

Dios solo es vencedor. Bien lo confiesa
Desde Alahmar la nasorita ompresa. (1)

Ángel intercesor que desde el cielo
Diriges tu mirada protectora
Á mi patria querida, en raudal vuelo
Ven á prestar tu auxilio al que lo implora.
Ineficaz sin tí fuera mi anhelo;
Mi mente es lobreguez, tú eres la aurora;
La fe con su raudal mi pecho anega
Mas la fe, ángel de luz, sabes que es ciega.

Tú alentaste á los bravos campeones
Timbre de honor de la fecunda España;
Por tí besaba el aura sus pendones •
Sobre las altas tiendas de campaña.
Tú diste rico esmalte á sus blasones,
El noble afan trocando real hazaña;
Tú, destello inmortal de eterna gloria
Das al libro veraz de nuestra historia.

De rodillas te evoco, destocado,
Tus alas hiendan rápidas el viento,
Por tu esplendor vivífico guiado
Audaz remontaré mi pensamiento.
Mi corazón se ensancha entusiasmado
Al percibir tu inspirador aliento:
Si en él enciendes creadora llama
Será mi voz el eco de la fama.

Desplega, ángel custodio, trasparente
El velo de los siglos á mi vista;
Díctame tú, describiré fielmente
La página final de la Conquista;
Y veré á D. ALFONSO armipotente
Que no hay poder que á su poder resista,
Y en prendas de valer á más altura,
Absorto, de ISABEL la gran figura.

Dame del griego admirador de Aquiles
La inspiración y cantaré sin miedo:
Haz que entre ensueños de ilusión febriles
Me aleccione el cantor de Godofredo;
Él desiertos, ciudades y pensiles,
Odio, amor, esperanzas y denuedo
Describe fiel, cifando una diadema
Que deslumbró al que admira su poema.

Bajel errante que en los mares flota
Desarbolado y á merced del viento
Que lo impele tal vez á playa ignota,
Demanda tu favor mi entendimiento.
Á la orilla condúcceme remota
Del golfo del pasado turbulento;
¡Ah! Mi imaginación si tu luz brilla
Alcanzará la codiciada orilla.

¡Virgen de las Angustias! por Patrona
Una ciudad te aclama reverente,
Un poético pueblo que blasona
En tu mármoleo templo de creyente.
De tu radiada, espléndida corona
Baje un destello á iluminar mi frente:
Un día te invoqué con esperanza;
No en balde puse en tí mi confianza.

Si de la poesía en los verjeles
Lauros llegué á alcanzar, no me enyaneceo;
Tuyos son, madre mía, los laureles;
Sin tí ni aplauso ni laurel mereceo.
Tú me has contado entre tus hijos fieles,
Yo al pie de tus altares me enardeceo;
Refugio y pabellón busco en tu manto;
Bajo sus pliegues alzaré mi canto.

¡Ay de la corte de Alahmar riendo!
Del Islam se ha eclipsado la fortuna:
La margen del Genil ocupa gente
Que fe y valor á la esperanza aduna.
Cruzados son cual los que allá en Oriente
Eclipsaron la odiosa media luna;
Nube que con sus rayos amenaza
De la expulsada Agar la impura raza.

Ricos-hombres, caudillos hazañosos
Contra el musulmán sostienen la bandera,
Y á Granada se acercan afanosos
Sus galas al mostrar la primavera.
Cantares, ya guerreros ya amorosos,
Llegan desde el adarve á la pradera
Y el bruñido metal en movimiento
Da destellos al sol, rumor al viento.

Al disipar las sombras la alborada
Se oye el trinar de alegres ruiseñores
Misterios descubriendo á la enramada
De secretos, dulcísimos amores.
Á los besos del aura perfumada
Despiertan entreabriéndose las flores,
Y en sus fragantes cálices se posa
La versátil, pintada mariposa.

Ya de la vega granadí los sotos
Y de las *almunias* los parrales, (2)
Las frescas alamedas y los cotos
Reverdecen y viñas y frutales.
Eleva el sitiador fervientes votos
Hechizos contemplando sin rivales
Porque antes de secarse aquellas hojas
Caigan en sangre de protervos rojas,

Púrpúreas nubes de sin par belleza
De la tarde dosel resplandeciente,
Forma y tintas cambiando con presteza
Mano invisible pliega en Occidente:
La ancha bóveda ostenta en su riqueza
Escudo de un Señor Omnipotente
Sobre campo de azur fajas de oro
Y un sol de luz siniestra para el moro.

Dejaron los bizarros paladines
Hembras, saraos, cacerías, danzas,
Que olvidando placeres y festines
Los escitan gloriosas remembranzas.
Queden para las damas los cojines
Y apóyense los hombres en sus lanzas,
Siendo el ferrado lecho del guerrero
El duro arzon de su corcel ligero.

Encubertado el palafren, la rienda
Impaciente sacude, y el gijete
Audaz provoca al moro á la contienda
Armado de la espuela hasta el almete.
Ya se aproxima la ocasion tremenda:
Moriscas joyas que enviará promete
Á la dueña feliz de su albedrío
Cuya banda ciñó por atavío.

La más egregia dama se desvela
Por dar completo ensanche á su Castilla;
Tal vez la inspira en sueños Berenguela
Y el que expugnara á Córdoba y Sevilla.
Con la cruz coronar la Alhambra anhela,
Acampar del Genil quiere en la orilla;
Lleva á su voluntad sujeto el rayo
Que encendió con su aliento D. Pelayo.

De Aragon la soberbia monarquía
Nacida entre los riscos del Pirene
Mostró que el progresar de su energía
Ningun pujante valladar contiene:
Ágnila fué caudal que dejó un día
El alto nido que entre cumbres tiene
Y que al potente impulso de su anhelo
Difunde la inquietud bajo su vuelo.

Castilla y Aragón fueron alzando
Contra el soberbio infiel fuerte barrera:
Los leones se ven siempre avanzando,
Las barras van en su triunfal bandera.
Un noble aragonés quinto Fernando
Y una Isabel sin par como es primera
Dando á España unidad y ricas zonas
Para siempre han fundido sus coronas.

Mas ¡ay! ¡Cuántos asaltos y batallas
Preside el ángel de exterminio y guerra!
El escombros al caer de las murallas
Se empapa en sangre que encharcó la tierra.
En vano es que á la cruz le opongan vallas
En puerto, bosque, poblacion ni sierra:
Torne el feroz alárabe al desierto;
Tarik y Muza y Almanzor han muerto.

¿Qué se hicieron las tribus invasoras
Que el gótico poder avasallaron?
Taifas almoravidos opresoras
Tras el Omeya resplandor pasaron;
Los almohades sus felices horas
En deleites tambien precipitaron:
Los cármenes del reino nascrita
La maldicion de Alah llevan escrita.

Su amparo en vano el bereber implora,
Pertinaz renovando la pelea,
Que la insignia adorable redentora
En el pendon de la victoria ondea.
Tan solo de Alalumar la cörte mora
La discordia ilumina con su tea;
Quebrantado el imperio granadino
Marcan su fin las tablas del destino.

Bellos alicatados adornaban
Floreadas *aleyas* y ataufía. (3)
Oriental *alhamí* donde se hallaban (4)
La ostentacion y el gusto en armonía.
El rumor de los pasos apagaban
Alcatifas de Persia, y ascendia
Del pebetero el humo perfumado
Al alerce del rico artesonado.

Con dulce soplo al apagar la aurora
Las lámparas del ancho firmamento,
Guardando el sueño á la beldad que adora
El *Zogoby* penetra en su aposento. (5)
En vela está Moraima, inquieta llora,
Pues la oprime fatal presentimiento;
Y de Boabdil se escucha en su retiro
No una frase de amor, sino un suspiro.

—Paloma del pensil de los placeres
¿Por qué tiemblos?—El águila orgullosa
Va á asaltar nuestro nido.—No lo esperes.
—¡Se cernió tantas veces victoriosa!
—Sus alas cortarán mis bereberes.
—La fortuna y la dicha cual la rosa
Dan, Boabdil, su fragancia regalada,
Y hoja tras hoja vuelven á la nada.

—Deliras, á juzgar por tu lenguaje.
—¡Ay emir! Son fundados mis temores.
—En la roca se estrella el oleaje
Que en alta mar destroza en sus furoros
El cúrabo, y su espuma cual encaje
Se deshace: esos fieros vencedores
Caerán de la alta Alhambra bajo el muro.
De nuestro amor el nido está seguro.

—¡Ay! Ni de Gibralfaro la grandeza,
Ni de Guadix ni Baza el formidable
Poderío sirvió: no hay fortaleza
Del hado ante el decreto irrevocable.
—Castigaré al infiel.—Con entereza
Boabdil grita.—Mi gente es indomable.—
Y Moraima suspira.—No hay bonanza,
Emir, cuando se nubla la esperanza.

—Cálmese tu inquietud.—¡Ay! la gacela
Presiente los peligros.—Y el leopardo
Dentro de su cubil jamás recela.
—Mas la tórtola libre evita el dardó
Del cazador si á la montaña vuela
Al acercarse aquel con paso tardo.
—Pues huye y abandóname á mi suerte.
—De tí no ha de apartarme ni la muerte.

Más al rudo combate prefiriera
La grata paz y á los frondosos huertos
El sencillo aduar y la palmera
Que al árabe cobija en los desiertos.
Libre, feliz allí contigo fuera
Más bien que en los alcázares cubiertos
De oro, alabastro, seda y pedrería.
Mi amor las soledades llenaría.

Boabdil quedó perplejo, pensativo,
Y la mirada dulce, embriagadora,
De negros ojos del fulgor más vivo
Sintió llenar su alma, tentadora.
De una sonrisa el plácido atractivo
Aumentó la belleza encantadora
De la que huiré creyó del claro cielo
Al murmurar:—Ya sabes lo que anhelo.

—¡Imposible! ¡Ay de mí!—Clamó el caudillo:
No puedo huir: mi horóscopo menguado
Me obliga á dar á mi diadema brillo,
Como el Zagal mostrándome esforzado.
Convertiré la Alhambra en mi lucillo
Antes de hacer su entrega afeminado:
Aixa, mi madre, llena mi memoria
De hechos que obligan á anhelar la gloria.

—¡Desventurado emir! Las azagayas
De dirección por nuestro mal cambiaron:
Solo descubren hoy las atalayas
Rojas cruces en pechos que inflamaron.
—¡Hija tú de Aliatar y así desmayas!
¿Con su sangre la vega no regaron?
—¡Dios solo es vencedor! Bien lo confiesa
De tu estirpe, Boabdil, la sabia empresa.

Y se adormió el sultan y cien cuchillas
Vió sobre sí, y al requerir su lanza
Como al marchar sobre Lucena, astillas
Se hizo, y rugió de cólera y venganza.
Y hallóse encadenado y de rodillas
Cayó, viendo lucir en lontananza
Del lábaro triunfal el santo emblema
Al fulminar un ángel su anatema.

Después la voz percibe de su amada,
Hace un esfuerzo y su sopor sacude:
Fué un sueño,—balbucea.—Hueste armada
Á los redobles de atambor acude.—
Avisale la mora consternada:
Ya no es posible que el caudillo dude
Y la alarma al acudir y el sobresalto
Juzga que su enemigo da el asalto.

—Más que temeridad será locura.—
Dice: la sangre agólpasele al pecho;
Ciñe el cortante alfanje á la cintura
Y oprime con furor en su despecho
La en piedras engastada empuñadura;
Como tigre feroz que está en acecho
Con la afilada zarpa prevenida
Contra el que va á inquietarlo á su guarida.

Y súbito se aleja de su estancia,
Y ansiosa muchedumbre lo rodea,
Y las picas relucen á distancia,
Y á su rey la morisma victorea;
Y al cabalgar con bélica arrogancia
Lleva ginetes mil á la pelea,
Y á un agímez al dirigir la vista
Ve un flotante cendal y se contrista.

De armas y de trompetas y atambores
Lleva en sus alas sonoro el viento
Á Granada beligeros rumores,
Su confuso estridor al campamento.
La luz se quiebra en vívidos fulgores
De las lanzas al rauda movimiento,
Y envuelve á un escuadron cual blanca nube
El polvo alzado que ondeante sube.

¿Es el silvar del huracan bravío
Que despoja los bosques y florestas
Al terminar el ardoroso estío
El que espadas producen y ballestas?
Tenaces en rencor y saña y brío
Entrambas huestes á vencer dispuestas
Compiten bravas en el choque fiero,
Y en el acero méllase el acero.

De Sierra Elyira alturas escarpadas
Colora el sol cercano al Occidente;
Relámpagos fingiendo las espadas,
Sin desmayar aun lucha el combatiente.
Dispersas, en tropel y derrotadas
Huyen al fin las haces del creyente,
Y Boabdil que de Alah respeta el fallo
Salvarse logra en su veloz caballo.

El espanto, el horror, el desaliento
De Granada destierran la alegría;
En mágica ciudad el campamento
Ha trocado el cristiano en su porfía.
¡Desdichado Boabdil! El escarnimiento
Quebrantó su altivez y su energía.
Profetizó el astrólogo: su sino
Era perder el reino granadino.

Las sombras de la noche se extendían
Dejando solo ver el firmamento
Y la corte musulmeca envolvían
Cual tupido crespon hasta su asiento.
Los tristes ayes del dolor se oían
Sin cesar repetidos por el viento:
No vibraba una guzla, el centinela
Estaba al par del moribundo en vela.

El ángel de la noche lentamente
Sobre nubes fantásticas volaba,
Apareciendo en el rosado Oriente
El que á la aurora sus encantos daba:
No coronado aun el sol naciente
En el éter azul se columpiaba
Y la cruz fué á besar de alta bandera
El tibio rayo de su luz primera.

Ya Hernando del Pulgar el valeroso
Clavó en la aljama, audaz, «AVE MARIA;»
Y en la fuga cegó su propio foso
Ya diezmada la infiel caballería;
Fué Isabel á la Zubia y el famoso
Alcázar contempló de Andalucía,
Perdió el musulin cañones y estandartes
Y el cristiano escaló sus baluartes.

Abul-Cacim, Wisir comisionado
Por el *maruar*, obtiene real audiencia. (6)
Don Fernando le dice:—Aunque irritado
Nos tiene vuestra osada resistencia,
Dile, moro, á tu rey *desventurado*
Que una tregua le da nuestra clemencia:
Faltó á la condicion antes pactada;
Las llaves quiero en breve de Granada.

Era una hermosa noche en que dormía
La sitiada ciudad á la influencia
Del céfiro que blando recogía
De arrayan y ciprés la pura esencia.
La reina de los astros se mecía
Entre ópalo y zafir, y en su presencia
Uno solo rielaba con misterio
Brillante heraldo al recorrer su imperio.

Un anciano alfakí supersticioso
Á quien el vulgo crédulo escuchaba,
De séquito cercado numeroso
Á la puerta llegó de la Alcazaba.
Turbando con sus voces el reposo
Exclamó por do quier. ¡Ay de Granada!
El *zogoibí* traidor y fementido
Por un puñado de oro la ha vendido.

¿No habrá quien la defienda? Amenazado
Está el Islam: la guerra de exterminio
Nuestro suelo feraz ha devastado;
Nos impone el cristiano su dominio.
Levántate; ¡oh gran pueblo, sublevado
Contra el perjuro! Oid mi vaticinio:
Antes que mengüe la presente luna
Premiará nuestro esfuerzo la fortuna.

El águila caudal no debe hambrienta
En su nido morir, teniendo garras,
Y la furiosa tempestad la alienta.
¿Las tribus que alardean de bizarras
Cautivas han de ser sin lid sangrienta?
¿Flechas nos faltarán ni cimitarras?
Ganemos libertad, botín y gloria;
Sin luchar no se encuentra la victoria.

Como el lobo amparado de malezas
Provoca al cazador y á sus lebreles,
Por detrás de las pardas fortalezas
Moros se ven cubiertos de alquiceles;
Ganosos de adquirir fama y riquezas
Corren otros en tanto en sus corceles:
Cual huracan asolador, violento,
Ruge la rebelion y va en aumento.

Nobles, alcaides, jeques y cadíes (7)
Seguidos de israelitas mercaderes
Y de influyentes, doctos alfakíes
Publican sus contrarios pareceres:
—Pueblo bravo, en el triunfo no conties,
Gritan ¡ay! nuestros hijos y mujeres
Hambrientos, no entreguemos á la saña
De los que ya dominan toda España.--

Triunfó Moraima: á Boabdil seguían
Sus parciales; la plebe amenazaba;
Al Albaicín las turbas alfluían;
El hambre sus rigores extremaba;
Imprecaciones por do quier se oían;
La frente del rey Chico se antablaba,
Su impaciencia mostrando y su despecho
El latir intranquilo de su pecho.

—Poderoso es Alah y en tabla de oro
Marea el hado fatal lo que Él decreta!
Bajando la cerviz dijo el rey moro:
Su proteccion nos retiró el Profeta;
Exhaustos los graneros y el tesoro
¿Qué esperamos? ¿Qué rápido acometa
El cristiano en ataque decisivo
Y que mi pueblo fiel gima cautivo?

¿No humillaron de Ronda la aspereza
Obstinados y altivos campeones,
De Málaga y de Vélez la nobleza,
De Almería y Guadix á los varones?
¿Hay muralla de tanta fortaleza
En que al cabo no claven sus pendones?
¿La esperanza falaz que os alucina
De Granada se funda en la ruina?

2 de Enero de 1492 (897 de la Hegira.)

Ángel que yo invoqué cuando atrevido
Sin propias fuerzas comencé mi canto,
Mi patrio amor sustenta: no extinguido
Arda en mi corazón el fuego santo.
Vate español, no puedo en el olvido
Dejar los hechos del Islam espanto:
Muestra el cuadro magnífico á mi vista
De la ya consumada reconquista.

Quiero ver á la Reina virtuosa
Cuya grandeza espéjase en mi mente,
Heroína magnánima y gloriosa
Que no abatió jamás la ungida frente;
Parte de Santa Fé ya jubilosa
Que ha premiado el Señor su afán ingente:
Sus flechas dieron fin á la campaña;
Bajo su yugo se unifica España.

En los reales impera la alegría,
Escuderos aprestan los arneses,
Los pages y la flor de Andalucía
Armas requieren, galas y paveses.
Paramentos prepáranse á porfía
Para veloces potros cordobeses:
Solo han de alzarse ya triunfantes cruces
En los moriscos pueblos andaluces.

El sol majestuoso con su lumbre
Al ensanchar el horizonte dora
De Mulacén la inexpugnable cumbre,
Las torres mil de la *Garnatba* mora:
Su luz baña á la inquieta muchedumbre
De la aguerrida hueste sitiadora,
Del Católico Rey las sienas quema
Que un florón vá á añadir á su diadema.

Diadema en que ha fundido los fragmentos
Del gran poder que su poder quebranta,
Diadema que enjendrar grandes intentos
Logra con su calor, y lo agriganta;
Que alejó del cristiano los tormentos,
Que esplendorosa al musulmán espanta,
Y el signo redentor con gloria eleva
Cuando á Granada, por su bien, lo lleva.

Inolvidable y venturoso día;
No hay quien la vista de la Alhambra aparte:
Ya ha dado la señal su artillería
Y espera otro señor el baluarte:
El vibrar del cañón es la armonía
Con que el Islam saluda su estandarte
Que ya en la vega el vencedor tremola
Y deslumbra al infiel con su aureola.

El de León Comendador, guerrero
Que renombre ganó por sus proezas,
Llegará á los adarves el primero:
Ocupará las altas fortalezas.
El gran Mendoza, el Cardenal severo
Con aquel se adelanta á sus Altezas:
Brillan de ricos hombres las espadas
Que de ellos van en pos con sus mesnadas.

¡Pobre Boabdil, rey Chico infortunado!
Su horóscopo fatal ha sido un hecho:
Vedlo llegar confuso y humillado,
Torva la faz y palpitante el pecho.
Se inclina ante el ministro purpurado,
Va á hablar y el corazón siente deshecho:
—Nuestras faltas son graves.... ¡Dios lo quiso!
Exclama: Allí tenéis un paraíso.—

Señala á su ciudad, y por la orilla
Del Genil, triste sigue cabalgando
En su corcel, ginetes no acaudilla,
Pocos siguen sumisos á su mando;
Los leones lo cercan de Castilla;
Que se afinoje impide el Rey Fernando,
Coronada al mirar su noble empresa,
Y su brazo Boabdil trémulo besa.

Como joyas, sin par en su valía,
Las llaves de la arábiga Granada
Toma, al rendirle el moro pleitesía
La Reina mas humilde y ensalzada.
En las Torres Bermejas ver ansía
Alta la cruz, divisála, y postrada,
En vez de lauro da polvo á su frente
Glorificando al Dios Omnipotente.

Al Dios de los ejércitos que adora
Y hace que España en su extension respete,
Al Dios que siempre desde niña implora
Y al que su régia voluntad somete:
Por Él fué de la sangre vengadora
Que enrojeció el raudal del Guadalete.
¡Dios solo es vencedor! Bien lo confiesa
Desde Alahmar la naserita empresa.

Por la Puerta de Elvira en que su lanza
Quebrara el triste emir de sino aciago,
Un cortejo triunfal con pompa avanza
Dando vivas á España y á Santiago.
Es la realizacion de la esperanza
No de ilusion febril mentido halago:
Publicanlo el sonar de las trompetas
Y en cantos romancescos los poetas.

Al ver lucir tan suspirado día
Cautivos campeadores veteranos
Cambian el desaliento en alegría,
Con efusion abrazan sus hermanos.
Fuerzas han recobrado en su agonía
Y al cielo elevan sus convulsas manos
Y alzan al terminar mal tan prolijo
El himno del cristiano regocijo.

El claro sol de libertad que brilla
Tras lentas horas de iniquidades llenas
Es la triunfante Reina de Castilla
Que rompe para siempre sus cadenas.
Dobla al verla el anciano la rodilla
Y el inerme doncel, y de sus penas
Á su gran corazon piden consuelo,
Que su amor maternal es don del ciclo.

Vedla sobre hacanea enjaezada;
La majestad en ella resplandee;
Marcha de ricas hembras rodeada
Mas gentil hermosa ante Isabel parece?
Paso á la Reina dad, que ya Granada
La recibe en su seno, la obedece,
Y dando ensanche á su pensar fecundo
Le hará entrever tras su horizonte un mundo.

Cubre un sombrero, de oro recamado,
Las trenzas de la invicta Castellana,
Luce una régia falda de brocado,
Tabardo azul y manto real de grana;
Oculta en el cendal de su tocado
Sus contornos cual púdica cristiana:
Como logró empuñar en mil contiendas
Sostiene firme las moriscas riendas.

En palafren castaño, aunque fogoso,
Obediente á la espuela y á la brida,
Cabalga el Rey que como don valioso
Cimitarra de Fez lleva ceñida.
Le acaricia la sien airon vistoso,
Sobrevesta, de plata guarnecida,
Ostenta y el justillo aljofarado
Y el manto con arañños aforrado.

Allí el Infante va de faz serena,
Armado ante enemigos caballero, (8)
Los marqueses de Cádiz y Villena,
Y Alonso de Aguilar de prez guerrero:
Gonzalo, cuya fama el orbe llena,
Pulgar el hazañoso aventurero,
Cifuentes que mesnadas acaudilla
Y los condes de Ureña y de Tendilla.

Y allí viste sus galas la nobleza
Que si nostró en la lid pujante brio,
Hoy compite gallarda en gentileza
Y alardea esplendente en su atavío.
Resalta entre joyeles la belleza,
Los prelados ostentan poderío,
Y el aire al asordar aclamaciones
Besa la Cruz y agita los pendones.

Mujeril muchedumbre sarracena
Mezcla á su sollozar frases impías,
Por contrastar con tan sublime escena,
Tras el algez de espesas celosías.
Mesa su barba el musulman con pena
Oculto en sus morunas alfagías.
En vez de la oriental lúbrica zambra
Preces resonarán hoy en la Alhambra.

En la Alhambra, mansion voluptuosa
De tradiciones y placer tesoro,
Soñada realidad esplendorosa
De alabastro, azulejos, nácar y oro.
Asilo en que el espíritu reposa,
Edem risueño, del Islam decoro,
Cuyas torres labraron y mezquitas
Genios occidentales y semitas.

Fueron sus alarifes soberanos,
Sultanas cultivaron sus verjeles,
Con ceñidor de cármenes lozanos
Al placer daban sombra sus laureles.
Allí aún remedan céfiros livianos
Besos de hurfes en amor infieles:
Allí susurran brisas perfumadas
Diamantes arrancando á las cascadas.

Caballeros y damas van subiendo
Del murado recinto á la eminencia
Y ya en la Puerta Judiciaria viendo (9)
Que «no hay fuerza sin Dios»—sábía sentencia.—
Músicas y lombardas con su estruendo
Anuncian de los Reyes la presencia:
Hoy es su apoteosis; y el espacio
Vitores pueblan del sin par palacio.

Festoneados pórticos de encajes
Á los REYES CATÓLICOS dan paso;
De Gazules, Zegrís y Abencerrajes
Allí el poder halló su eterno ocaso.
Brillan armas, blasones y ropajes,
Brocatel, pedrería, joyas, raso,
Yelmos empenachados, y birretes
Á través de los mágicos templetes.

No lascivos ni bélicos cantares
Se escuchan ya, son cánticos que al cielo
Dirigen al alzar nuevos altares
Los que han logrado coronar su anhelo:
En la soberbia estancia de Comares,
Enfondando un dosel de terciopelo,
Entre cifras, blason bordado impera.
¡Gloria á FERNANDO y á ISABEL PRIMERA!

En la fiesta solemne en que el cristiano
Acude al santuario reverente
Postrándose ante el Niño sobrehumano
Que adoraron los Reyes del Oriente;
Ellos de cielo y tierra al Soberano
Con dones expresaron su fe ardiente:
Hoy dos monarcas al seguir su ejemplo
Truecan celosos la mezquita en templo.

¡Pobre rey Chico de infeliz renombre!
¿Qué fué de tu gentil hueste bizarra?
Solo Moraima al pronunciar tu nombre
Te alienta en la aridez de la Alpujarra.
—Llórala cual mujer, pues como hombre
No supiste empuñar la cimitarra;—
Su madre exclama:—á tu Granada mira.—
Boabdil la ve, detiéndose y suspira.

Acérese el wisir que lo acompaña
Y apenado murmura:—¡Estaba escrito!—
Y el *zogoilbi* cruzando la montaña
Prorrumpe en su aflicción:—¡Sino maldito!—
Su fiel mujer cuyo semblante baña
Llanto que hondo pesar muestra infinito
—¡Dios solo es vencedor!—dice:—Lo expresa
Bien ¡ay! desde Alahmar la noble empresa.

Madrid. Abril de 1880.

NOTAS.

(1) Alahmar, hijo de Nasar, fué el fundador de la dinastía que imperó en Granada y apellidóse Naserita. Tuvo la honra de ser armado caballero por San Fernando, de quien era tributario. En una de sus salidas contra cristianos volvió victorioso y sus vasallos lo aclamaron *ghaleb* (vencedor), á lo que contestó: *Wé le ghaleb i lé Allah* («Dios solo es el vencedor»). Desde entonces esta fué la divisa de los emires granadinos, y repetida se ve en sus monumentos, como puede observarse en todos los relieves y lienzos de la Alhambra.

(2) *Almunias* significan huertas, como cármenes los predios cultivados en que fructifican viñas.

(3) *Aleyas*. Versículos del Coran.

(4) *Alhamí*. Especie de alcoba abierta en los muros, donde colocaban sus lechos los musulmanes.

(5) *Zogoibi*. (Desventurado) apellidaron á Boabdil desde que los astrólogos, al sacar su horóscopo, dijeron que durante su reinado se perdería el imperio, por cuya causa lo aborreció su padre Muley Hacem, originándose de aquí las graves disensiones que precipitaron la ruina del poder islamita andaluz.

(6) *Mexuar*. El Consejo al cual consultaban los emires ó príncipes reinantes.

(7) *Jequés y Calles*. Ancianos respetables y Jueces.

(8) Fué armado caballero el infante D. Juan, de corta edad, delante de los muros de Granada por su padre el Rey Católico, al llegar hasta allí ostragando la tierra para privar de mieses la vega, antes de poner sitio á la plaza.

(9) Puerta Judiciaria, ó de la Ley, en que el Cadí administraba justicia segun el uso oriental. En la clave del arco aparece una robusta mano que quizá sea el símbolo de la fuerza, ó bien el geroglífico que manifiesta el poder de Dios y los cinco preceptos alcoránicos. En los capiteles de las columnas se leen alabanzas á Alah y su Profeta y que «no hay fortaleza sin Dios.»

PRIMER TEMA.

MENCION HONORÍFICA.

RENDICION DE GRANADA Y ENTRADA EN ELLA DE LOS REYES CATÓLICOS

POR

D. Francisco Javier Gosalvez.

En el Alhambra en Granada
Pendones han levantado,
D'ellos del Rey de Castilla
D'ellos son de Santiago;
De encima dan grandes voces
Que se oyen en el campo,
Las cuales dicen: ¡Granada,
Granada por D. Fernando!
(FUENTES, libro de los cuarenta cantos, etc.)

De patrio amor el corazon henchido
Vuelvo á pulsar la destemplada lira,
Ora no el vago postrimer gemido
De un alma acongojada que suspira:
Ni de revueltas turbas el rugido
De un pueblo que frenético delira,
Sino viva expresion del pensamiento
Que en toda España anima el sentimiento.

Noble recuerdo de eternal memoria
Que con nosotros en el alma vive,
Página ilustre de la ilustre historia
Más grande que de un pueblo se concibe:
Lucha gigante, colosal victoria
Que en siete siglos con su sangre escribe
De héroes un pueblo, España solamente
Hay en el mundo entero que la cuente,

Devastadora tromba de guerreros
El viento levantó del fanatismo,
Olas de fuego y sangre sus aceros
Enerespan en terrible cataclismo;
Sucumbe el Godo á sus estragos fieros
Mas rebasar no puede su heroísmo
Cuanto la resistencia se prolonga
En la roca inmortal de Covadonga.

Y desde allí como la clara fuente
Que entre breñales apacible nace,
Y baja al llano destructor torrente
Que infinitos obstáculos deshace,
El valor Español se alza potente
Y en su misma derrota se rehace,
Que en su suelo al fragor de rudas lides
Donde mueren Rodrigos nacen Cides.

Estaba escrito... el genio de la guerra
La constancia de España vió asombrado;
Al peso del Islam gemió la tierra,
Y el mundo sollozaba consternado;
España sola con la cruz se aferra
Y en Clavijo, las Navas y el Salado
Y en Toledo y en Córdoba y Sevilla
Domina al fin el cetro de Castilla.

Y el momento llegó... grandeza tanta
El viento arrebató de la fortuna,
Las corrientes que el África levanta
En vano el fuego del Koran aduna:
En vano se conyoca á guerra santa
El Bereber, el Árabe, el Lantuna,
Las tribus del Magreb y el Atlas fiero,
Y el Numida, terrible aventurero.

Solo resta Granada la hechicera,
La Musulmana perla de Occidente,
Que aun enhiesta mantiene la bandera
Terror un tiempo de la Hispana gente;
Del Veleta la blanca cabellera
Cubre orgulloso su ardorosa frente,
Y en el cerro del Sol la sien reclina
Para mirar su vega diamantina.

Recostada en su seno entre jardines
Yace la Alhambra, cuya falda besan
Rios que arrastran oros por delines
Y los campos fecundan y atraviesan:
Limitan del recinto los confines
Esbeltos torreones, que embelesan
Al mismo Sol, cuando su lumbre clava
Frente del Albaicín y la Aleazaba.

En sus palacios encantados mora
Multitud de hermosísimas mujeres,
En quienes sus bellezas atesora
El amor que idealiza sus placeres;
Restos de noble raza guerradora
Pueblan tambien sus calles y talleres,
Que á su *algibul* llamando los Muesines,
Convierten en bizarros paladines.

Pero aquel paraíso de ventura
Baluarte postrer del Islamita,
Del caos engendro y de la noche oscura
Largas edades hace que lo habita:
Vedla, cárdeno el rostro, la figura
Orlada de serpientes, como agita
La víbora, el puñal, la roja tea
Que en los pechos musulmicos flamea.

De la dulce Zoraya los halagos
Enervan de Muley el ardimiento,
En vano de la guerra los estragos
Amenazan el trono en su cimiento:
Alhama sucumbió... nuevos amagos
Hacen temer un nuevo vencimiento,
Y él sin embargo en brazos de *Zoraya*,
Íbribo de dicha y de placer desmaya.

No es ya el héroe prudente de otros dias
Que de odioso tributo se redime,
Y en zambras y en guerreras correrías
El corvo acero valeroso esgrime:
Como el humo fugaz sus bazarías
El viento desvanece, y llora y gime
En los brazos de amor de la Sultana,
Lucero precursor de la mañana.

En tanto la *horra Aixa*, la severa
Y casta madre, esposa sin marido,
Reina sin trono, en pos de su bandera
Junta un bando valiente y decidido;
Boabdil su hijo, su ilusion primera,
Bajo un astro fatídico nacido,
Es su dicha, su sueño, la esperanza
Que alimenta en su pecho la venganza.

Alí-Maor, austero Morabita.
La guerra santa sin cesar provoca,
Y el pendon de Boabdil al viento agita
Dulebran de Guadix sobre la roca:
Chocan los bandos, la ira precipita
De *Abul-Oacim* la rabia y furia loca,
Triunfante viendo al fin la terea madre,
El pendon de Boabdil contra su padre.

¡Pobre ciudad!... Sus hijos temerarios
Desgarran sin piedad su propia vida,
Dos banderas... un trono... ¡los sudarios
Y un cadáver no mas! La fraticida
Lucha mata los restos necesarios
Del poder que debiera ser su egida,
Y estériles querellas en su seno
Son el cáncer mortal del agareno.

Pero aun quedan valientes musulmanes,
En Ronda *Hamet Zegrí* con sus Gómeros
Reprime del cristiano los desmanes
Y hace esclavas sus hijas y mujeres:
En Málaga *Bejir* que los afanes
Emula del *Zagal*; los *Abuyares*
En la escabrosa sierra de Almería,
Que el Sol saluda al trasponer el día.

Como descuella cedro corpulento
Entre añosas encinas, cual fulgura
Entre los astros mil del firmamento
El luminar del día, la figura
De una mujer con varonil aliento
Se destaca radiante de hermosura,
En la heroína ilustre y sin mancilla
Que rige los destinos de Castilla.

Las patrias libertades aun ileas
Del Leon Español bajo las garras,
Arrolladas las quinas Portuguesas
Y unidas de Aragon las fuertes barras,
Isabel y Fernando sus empresas
Dirigen á domar las Alpujarras:
Pensamiento tan grande y tan fecundo
Que hizo á España señora de otro mundo.

Y en Córdoba sentados los reales
Convocan de los pueblos las milicias,
Señores poderosos y feudales,
Hidalgos poseedores de franquicias,
Clérigos, artesanos, menestrales,
Las fuerzas todas del país propicias
Se apresuran á entrar en la cruzada
Para la guerra santa de Granada.

El viento de la Fe deseneadena
Por todas partes de la Cruz soldados,
No bien el toque de rebato suena
Ó *ahumadas* ven lucir en los collados;
El pueblo fiel que sin ayuda ajena
Realiza tantos hechos esforzados,
Solo puede sufrir en su albedrío
El yugo de su propio poderío.

Y es tan grande por Dios como la idea
Que vive del cerebro en el profundo
Y en su centro germina, alienta y crea
Obras que son la admiracion del mundo;
Noble en la paz, heroico en la pelea
Galvaniza su aliento moribundo,
Y Dios y patria, libertad y Rey
Son de su historia inquebrantable ley.

Pero de aquella guerra ¿cómo tantos
Y tan diversos hechos narraría,
Ni cómo consignar en estos cantos
Tanta hazaña á que rindo idolatría?
¡Ay! contar de los moros los quebrantos
Y las cristianas proezas no sería
Menos que levantar el pensamiento
Los astros á contar del firmamento.

Bejir y *Hamet Zegrí* juntan en Ronda
De sus fuerzas lujosa cabalgata,
Y de los montes por oscura fronda
Á la campiña trepan inmediata;
No queda ni un cortijo á la redonda
Donde su furia el árabe desata,
Que rebaños, aperos y ganados
No arrastren de codicia arrebatados.

Avisado por seis Almogavares
El bravo don Luis Portocarrero,
Siempre dispuesto á defender sus lares
Con su temible poderoso acero,
Por la espesura avanza entre olivares
Corto escuadron del pueblo más frontero,
Y de la *Higuera* en la escondida fuente
De Hamet y de Bejir halla la gente.

Los moros que no están aperebidos
Y la presa embaraza y entorpece,
El ataque resisten decididos
Donde el terreno aun les favorece:
Mas los nuestros que iban divididos
En varios pelotones y enardece
La propia emulacion con furia insana
Acometen la hueste musulmana.

Pero aun el triunfo entre el Cristiano oscila
Y el héroe musulman; por fin la suerte
Con el Cristiano está, Bejir vacila
Y en lanzada cruel halla la muerte;
Cejan al cabo en concertada fila
Los Gomeres, y al punto que lo advierte
Portocarrero atruena la campaña,
Al grito de «Santiago y cierra España.»

Cual torrente de lava abrasadora
Que el volcan de la cumbre precipita,
De Cádiz el Marqués que se incorpora
Con los Cristianos al alcance excita;
Recóbrase Zahara; en vano implora,
Misericordia el bando musulmita,
Que en el estrago de la guerra ciego
Lo que del hierro escapa, muere al fuego.

Y la huerta de Alora, Almojía,
De Cártama y Coin, ricos verjeles,
Que entre el naranjo y limonero eria
Alfombras de jacintos y claveles,
Talan, destrozan, queman y en un dia
En páramos convierten sus planteles
Por donde el *Gudalthorce* acobardado
En su lecho, se esconde amedrentado.

La misma vega de Granada oprimen
Las huestes Castellanas que en su audacia,
Tanta grandeza á su valor imprimen
Que aflige de los moros la desgracia;
Pupiana y Alhendin al yugo gimen
De la terrible desastrosa *gacía*
Que aniquila sus vegas y *alhoríes*
Trocando sus caudillos en Monfies.

Como hambrientos chacales á que acosa
El hambre y olfatean el rebaño,
De Ahama así la hueste valerosa
Acechan vigilantes en su daño;
Rígida disciplina y cautelosa
Burla toda asechanza y todo amaño,
Y una débil cortina por muralla
El poder musulman mantiene á raya.

En Cártama, Alozuina y otras villas
Muy pronto el mismo pabellon ondea,
Aumentando del moro las rencillas
El odio mismo que el desastre crea;
Suecumba Setenil y las guerrillas
Amenazan á Ronda, merodea
El Cristiano en la Sierra y en la Joya,
Y en todas partes á el Alarbe arrolla.

Entretanto la perla Nazarita
En poder del *Zagal*, muerto *Muley*
Su propio vencimiento precipita
Con las querellas de una y otra grey;
De *Aben-Awaj* la sangre en su inaudita
Rabia vierte ominoso el mismo rey,
Saciando su furor y su coraje
En la valiente tribu Abencerraje.

Tocole el turno al fin á la galana
Y hermosa Ronda que fecunda y riega
Guadaleví famoso, donde ufana
La huerte de Castilla airada llega;
Aun la sombra tal vez de *Galiana*
Vaga en su alcázar y al dolor se entrega
Porque su alma el llanto purifique
Del-desgraciado amor de *Abomelique*.

Preciosa margarita que engreído
Al-Motulid cantó, y en que *Abul-Beka*
Pulsó su lira de dolor transido
Por la pérdida *Erevilia*, pronto trueca
Abraham-Alaquín su hermoso nido
En guarida de fieras, y se obceca
En defender su joya musulmana,
Al poder de la Reina Castellana.

Cruje en el viento al fin la artillería,
Con valor sobrehumano se defiende
El bizarro *Aheucir*, que se confía
En la ayuda de Hamet; en vano atiende
Á su defensa uno y otro día,
Pues capitula al fin cuando comprende
Que por presto el socorro será tardo,
Ante la hazaña de Don Juan Fajardo.

Boabdil vuelve á Granada y con su tío
Parte otra vez la autoridad suprema;
Solo piensa en gozar su poderío
Y el fugaz esplendor de su diadema,
Rindiendo de *Moraima* el albedrío,
Y de la patria la aflicción extrema
Ahogando en el bullicio de la zambra
Ora en el Albaicín, ora en la Alhambra.

Como águila que cruza el firmamento
Su presa contemplando y que se arroja
Con la velocidad del pensamiento
Sobre ella herida de mortal congoja,
Mueve así Don Fernando el campamento
Y su Real establece junto á Loja,
Que el miedo embarga y el temor aflige,
Solo al saber que á ella se dirige.

Despiértase en Granada el entusiasmo
De Santones al rudo clamoreo,
Y hasta Boabdil sacude aquel marasmo,
Y viste al fin el militar arreo:
De su torpe destino ve el sarcasmo,
Y de vencerlo ardiendo en el deseo
Su brazo empuña en ademan tranquilo
El corvo *yatagan* de doble filo.

Abencerrajes, Mazas y Zenetes
Siguen alborozados sus pendones,
De fiesta y no de *algara* sus ginetes
Forman en sus brillantes escuadrones:
Almazares, marlotas y bonetes,
Tocas, briales, lemas y blasones
Llevan bordados de oro y pedrería
Sobre ricos tisús de orfebrería.

Y como choeca de la mar hirviente
La ola en el gigante promontorio,
Llega al Real la granadina gente;
De Cádiz el Marqués hace ilusorio
Empuje tan bizarro, tan valiente
Y digno de su causa; que es notorio
No la hay mejor, cualquiera que ella sea,
Si por la independencia se pelea.

Fué aquí donde envidiosos de la gloria
Que ganan sin cesar nuestros aceros,
El Conde de *Rivers* hace notoria
La fama de Inglaterra y sus arqueros:
Don Gaston de Leon de clara historia
Acandilla doseientos caballeros
Franceses, es verdad, pero cristianos
Ganosos de emular con sus hermanos.

Del uno y otro lado se pelea
Con ánsia de morir en la demanda;
Hamet Zegrí con su escuadron serpea,
Rápido se concentra ó se desbanda;
Aun el mismo Boabdil allí granjea
De valiente el concepto, mas su infanda
Torpe, cruel y desgraciada suerte,
Le hizo caer al borde de la muerte.

Iviana nube rota por el viento
Y en ligeros celajes esparcida,
Las bellas ilusiones de un momento
Que halagaron el sueño de su vida;
Aixa... Moraima... vano pensamiento
De poder y de gloria merecida...
El cetro y la corona de Granada...
¡La existencia y el alma desgarrada!

¿Qué de sus tropas fué? de la victoria
Soñada qué le queda? Ni un caballo,
Ni un amigo, ni un hombre... ahogó su gloria
De su destino el inmutable fallo:
Desventurado Rey á quien la historia
Juzgó rebelde hijo, mal vasallo,
Porque de Tarif en Boabdil se enlaza
La gloria y la ruina de su raza.

La usurpacion y el crimen aun se olvida
Cuando ciega lo cubre la fortuna,
Porque en la frente de laurel ceñida
No queda para el mundo mancha alguna;
La existencia y el alma dolorida
Á nadie inspira compasion ninguna,
Y de héroes mil en medio del tumulto
Solo al éxito Dios se rinde culto.

Así del tiempo en la movible rueda
Gira el destino de la raza humana,
Pasa un pueblo adelante y otro queda,
Escabel de su gloria soberana;
Atila vencedor de Italia hereda
Toda la sabia ilustracion romana,
Y en sus artes á España dejó el moro
En Giraldas y Alhambras un tesoro.

Eserito está... los hados lo quisieron
Y Alah lo consintió... Loja rendida,
Y cautivo Boabdil, los Reyes vieron
Á Alhama asegurada y defendida;
Íllora y el Salar se estremecieron,
Siendo una y otra pronto poseída
Por el Gran Capitan de las Españas,
Y el famoso Pulgar de las hazañas.

Quiso la Reina ver tanta hermosura
Y seguida de damas y prelados,
Hácia la vega viene en derecha,
Y á recibirla salen sus soldados;
¡Oh! ¿Quién pudiera hacer una pintura
De tantos adalides esforzados
Que hasta Moelin en orden de parada
Para ver, la acompañan, á Granada.

Á sus plantas se extiende hasta la sierra
De esmeraldas brillante y rica alfombra,
Hilos de plata bullen en la tierra
De alamedas perdidos en la sombra:
Bandada de palomas á que aterra
Próximo el gavilan que las asombra,
Parecen en la vega los millares
De alquerfías y granjas y lugares.

Y un cielo y una luz como ninguna
Á lo lejos limita el horizonte;
Allí Granada está, perla moruna
Engastada en el seno de aquel monte:
Confiada la Reina en su fortuna,
No puede haber empresa que no afronte,
Que en su belleza y distincion de dama,
Brilla del genio la esplendente llama.

Á su córte de nuevo Boabdil vuelve
En Gonzalo de Córdoba apoyado;
Contra el Zagal sañudo se revuelve
De la heróica Isabel como aliado;
Nueva campaña en tanto esta resuelve
Contra Vélez y Málaga, que el hado
Adverso á la fortuna nazarita
La ruina de su imperio precipita.

Vélez... aquel risueño paraiso
Donde el naranjo y la palmera crece
En fértiles viñedos, y el narciso,
La magnolia, el geranio el viento mece
Del valle en las quebradas indeciso;
Vélez que en blanda paz rico florece
De la mar por las olas arrullado,
Despiértase al estruendo del soldado.

Como en verano recia granizada
Sobre campo feraz lleno de espigas,
Los taladores van de la Cruzada
Devastando las huertas enemigas:
Tras resistencia larga y denodada,
Vélez también sucumbe á las fatigas
Del sitio y de la guerra, cuyo estrago
Corona al fin la cruz de Santiago.

Invasido de pronto el campamento
Por los feroces moros de la sierra,
El mismo Rey Fernando en su ardimiento
Afronta los azares de la guerra;
De sus *continuos* leal destacamento
Envuelve tanto número que aterra,
Y él, al caballo hundiendo el acicate,
Se lanza en lo más rudo del combate.

Noble ejemplo, magnífica enseñanza,
Que el ánimo consuela y engrandee;
Por eso abre la patria á su esperanza
Anejo raudal de gloria que enloquece;
Por eso inspira al pueblo confianza
Soberano que tanto la merece,
Y Rey prudente, sabio y caballero,
La gana con el cetro y el acero.

Málaga, del comercio antiguo emporio,
De negros Africanos guarnecido,
Ve su rico apacible territorio
Por las huestes cristianas invadido:
De *Ali Dordux* el crédito notorio
Se estrella en el valor reconocido,
Del caudillo *Zegrí*, cuyas legiones
Se defienden lo mismo que leones.

El fuego, el hambre, el hierro, cuanto puede
El ánimo afligir del mahometano...
Un asalto que á otro se sucede...
Todo se emplea y se consume en vano:
Ni una pulgada de sus muros cede
El moro ante el ejército cristiano,
Que con la peste más que en la *algazua*
Por vez primera ante el deber fluctua.

Pero acude la Reina Castellana
En alas de la *Fe*, y á su presencia,
Como disipa el sol de la mañana
Las sombras de la noche, la impaciencia
Se calma del soldado; y más ufana
Cuanto se extrema más la resistencia,
De ilustres reinas para ejemplo raro,
Manda atacar de nuevo á Gíbralfaro.

Los gloriosos pendones de Castilla
Por fin dominan todo el Occidente
Del Reino granadino, pero aun brilla
Poderoso el *Zagal* en el Oriente;
Baza, Almería, Guadix á la cuchilla
De *Cid-Hiayu* fiados y á su gente,
Mantienen el pendon enhiesto y fiero,
Que desde Gibraltar flotó hasta el Duero.

Baza, hermosa ciudad cuyos jardines
Guadalentín fecunda, y en defensa
Sostiene fosos, torres y fortines
Como sembrados en su *Hoya* extensa,
Pueblanla valerosos paladines
Que buscan el morir por recompensa,
Zafarjal y Mahomed el *Veterano*
Abdílbaz y Aben-Záhar el africano.

También la Reina acude presturosa
De nobles y de damas asistida,
Que en los combates muestra valerosa
De cuanto digna es de ser querida;
Complétase el bloqueo, y vigorosa
Tala se ordena hacer, que estremecida
De rabia y de pavor mira la plaza,
Y en ella vé la rendición de Baza.

Capitula por fin; desesperado
Sigue el *Zagal* desde Guadix su huella
Y entrega de Almería el codiciado
Puerto, en que luce la brillante estrella
De la invicta Isabel, y el acendrado
Patriotismo del Rey que así deseucella,
Pues del uno y el otro la memoria
No cabe en la grandeza de su historia.

Amontonan los vientos parda nube
En que el rayo flamígero fermenta,
Sobre Granada y hasta el cielo sube
El fragor que precede á la tormenta:
Junto al trono de Alhá tiembla el Querube
Que con sus alas el Koram sustenta,
Y el sino de Boabdil la ruina entraña
Del imperio musulánico en España.

De la Alhambra los altos torreones
Con sus alas azota el cuervo infausto;
Retiemb lan oprimidos los bastiones,
Ofrecen su oracion en holocausto
Muesines, Alfaquíes y Santones,
Y enervado el valor de fuerza exhausto
El pueblo granadino ve á lo lejos
De banderas y armas los reflejos.

Es la grande Isabel, la portentosa
Figura de su siglo, que aparece
Otra vez en la vega, y más hermosa
Que el sol de la mañana resplandeece;
Síguela de Cruzados numerosa
Bizarra hueste que ondular parece
Como gigante sierpe en la llanura
De la pobre Granada en derechura.

Y asientan en el *Gozco* los Reales
Frente de Sierra Elvira, en que refleja
El *Veletu* su luz sobre orientales
Tiendas de lino blanco y de bermuja
Grana; los redoblantes atabales,
Del corcel el relincho, el viento deja
Llegar hasta los pardos torreones
Que sustentan del moro los pendones.

El jabalí reyuélyese acosado
Cuando recia jauría lo sorprende,
Y el chacal del desierto, denodado
Contra el hambriento tigre se defiende;
En Granada Boabdil acorralado
Nueva defensa con valor emprende
Y á Muza-Abil-Gazan su mejor lanza
Nombra su Emir y alienta su esperanza.

La última convulsion de la ballena
Por el arpon herida, el Oceano
Agita y estremece y desordena;
El postrer baluarte mahometano,
La última convulsion de la agarena
Estirpe nazarita, del cristiano
Todo el poder conmueve y entretiene
En ruda lid que el Universo atruene.

Cada combate es recia batalla
En que desesperados los creyentes,
El poder español tienen á raya
Con esfuerzos titánicos, valientes;
Si héroe hay que asalta su muralla
É incendia su Mezquita, tienen gentes
Que en el mismo Real, el mismo día
Al suelo tira el nombre de María.

De María, la madre inmaculada
Que el sol corona, y cuya planta huella
Entre nubes la luna plateada,
Y más que el Ángel y el Querub descuellla;
De María la Virgen desposada
Con el ETERNO mismo, la doncella
Que hija predilecta llama el PADRE
El Espíritu esposa, el Hijo Madre.

Ultraje tan grosero y tan impío
Dispónense á vengar bravos guerreros,
Se agita el campo en ademan sombrío
Y fulminan la muerte los aceros;
Modesto jóven de ignorado brío,
Se adelanta á los nobles caballeros,
Y el que otro Goliat en *Turfe* mira
Nuevo David en Garcilaso admira.

El genio del Islam sus alas bate
En la lóbrega noche silenciosa,
Cruza sobre el Real y el vuelo abate
Sobre la tienda en que Isabel reposa;
«Si vencerla no puedo en el combate,»
Dice desesperado, «que alevosa,
«Ya que su estrella mi poder abruma,
«La lumbre de mis ojos la consuma.»

Y blanquecina nube que hasta el cielo
Súbita se levanta, y roja llama
Cuyas chispas de oro caen al suelo
Y en pavesas el aire desparrama,
Consumen el Real; mas no su anhelo
Consigue el genio que en el viento brama
Pues de la Fe la egida protectora,
Salva á la Reina que la Cruz adora.

Por tan alta virtud fortalecida
Sobre cenizas el proyecto enplaza,
De una nueva ciudad, que defendida
Por muros fuese inexpugnable plaza:
Isabela el soldado la apellida,
Y modesta la Reina lo rechaza,
Que claro emblema de su noble idea,
Quiere que *Santa Fe* su nombre sea.

Y surge de la yega en la llanura
Pasma y terror del moro granadino,
Una nueva ciudad donde fulgura
La Cruz del Cristo que á salvarnos vino;
Tanta constancia el éxito asegura
En empresa tan digna del destino,
De aquellos sabios, generosos reyes
Grandes por sus victorias y sus leyes.

Pero aun el genio del Islam brayea
Accechando á la Reina de Castilla,
La sorprende en la Zubia y la pelea
Ofrécele al cristiano junto Armilla;
El guion de la Cruz enfrente ondea
Del ejército moro que acudilla
El noble Muza y su pendon precito
Le gallib-ille-Allah llevaba escrito.

Dios solo es vencedor... y por su mano
Ahoga en el mar Moisés la muchedumbre
Que sigue á Faraon, y del pagano
Redime Ester la torpe servidumbre:
¡Dios solo es vencedor y soberano!
Y sí del Sinaí sobre la cumbre
Su poder y su gloria resplandece,
En el Tabor y el Gólgota estremece.

Por eso al ver la multitud impía
Que contra los cristianos se abalanza,
Que desconoce á Dios... y en Él confía
El ánimo se llena de esperanza;
Porque el hijo del Padre y de María
No es el númen fatal de la venganza
Que invoca en su *alghed* el mahometano,
Sino el Dios de bondad que ama el cristiano.

Ferrado muro de brillantes cotas
Les ofrecen los nuestros y á su empuje,
Ruedan turbantes, velos y garzotas
Tintos en roja sangre; el suelo cruje,
Y el viento arrastra en discordantes notas
Como el bramido de la mar que ruje
Los lamentos y ayes y quejidos,
Súplicas, maldiciones y alaridos.

Cotas de malla, cascos, jacerinas,
Ricas marlotas, blancos alquiceles,
Lanzas y cimitarras damasquinadas,
Partesanas, osculos y broqueles;
Los arneses de Pez, las lunecinas
Gumias, banderas y caireles
Del cristiano los pies huellan confusos
Entre muertos, heridos y contusos.

De cierra España... España y Santiago
El grito salvador violento estalla,
Y aumenta de los moros el estrago
El terrible fragor de la batalla;
Un muerto es cada bote, cada amago,
Salta el acero, fúlgido restalla...
Y del Marqués de Cádiz para gloria
Por nuestro queda el campo y la victoria.

Del Emir el titánico ardimiento
Torcer en vano intenta su destino,
En desastrosa fuga el vencimiento
Concluye al fin del moro granadino;
Los Reyes entretanto su oscuramiento
Desde la Zubia ven, y el remolino
Que arrebató el poder de los infieles
Bajo un bosque de altísimos laureles,

Sigue Boabdil con la mirada incierta
Sus rotos y dispersos escuadrones
De *Bib-Taubin* ganar al fin la puerta,
Y coronar sus muros los peones:
En ellos mira su esperanza muerta
Que ya los formidables torreones
Que aun sus enseñas con vigor mantienen
Su imperio ni aseguran ni sostienen.

En sus quicios las puertas rechinando
Aislan la ciudad, que ya la tropa
De la invicta Isabel y de Fernando
Al pié del muro sin cesar galopa.
Ya el musulman las heces apurando
Ya del dolor en la terrible copa,
Sentirse deja el hambre y los *Walies*
Agotaron sus trojes y *athorics*.

¡Allah lo quiere!... el torpe fanatismo
Que encarna su creencia les sugiere;
Sin ver su vergonzoso fanatismo
Que aquella exclamación: ¡Allah lo quiere!
La fuerza es de la inercia, que al abismo
Arroja al pueblo que en la historia muere,
No la virtud que salva en su desmayo
Al pueblo de Guzman y de Pelayo.

Corre la luna del Diciembre frio,
Y el cuervo bate sus medrosas alas
En torno de la Alhambra, gime el rio
Y el campo esconde sus mejores galas:
De Boabdil agoniza el poderío,
Del cristiano amenazan nuevas talas,
Y de la entrega al fin se hace la oferta
Que Gonzalo de Córdoba concierta.

Como piedra escapada de la honda
Muza abandona la ciudad querida,
No hay un guerrero que á su voz responda,
Ni su amargo dolor con él divida;
Y corre, y vuela... tierra que le esconda
La vergüenza de ver envilecida
Su raza busca, y raudo el torbellino
Lo arrastra y nos oculta su destino.

Lueió por fin el sol de la mañana
Del dos de Enero, y cajas y clarines
Despiertan á la Reina Castellana,
Y á sus mil valerosos paladines.
Hueste escogida de su dicha ufana
En briosos corceles, cuyas crines
El viento riza, al Conde de Tendilla
Sigue, y al estandarte de Castilla.

El guion de la Cruz, de Santiago
La veneranda enseña van con ellos;
Del islamismo el formidable endriago
Flota en el aire, fulgidos destellos
Sus vítreos ojos lanzan y su aciago
Ronco bramar eriza los cabellos,
Mientras voltea y gime quejumbrosa,
De Aben-Habuz la estatua misteriosa.

En columnas cerradas los peones
Marchan luego, tendidas las banderas,
En batalla los varios escuadrones
Rizando el viento plumas y cimbras;
Refleja el sol su lumbre en los blasones
De los nobles caudillos, y testeras
Pefos, adargas, picas, artesanas,
Brillan como lujosas filigranas.

Entretanto Granada silenciosa
Como vasto sepulcro permanece,
Ni del Muesín la voz majestuosa
Los espacios atruena y ensordece;
En sus calles angostas, y anchurosa
Cuanto alegre Bib-Rambla, no parece
Alma viviente, ni humo en espirales
Salta de sus tristísimos umbrales.

Al fin se abre la ferrada puerta
De *Siete-suelos*, corta comitiva
Deja salir que á describir no acierta
Mi pluma al infortunio compasiva;
Boabdil... Aixa... la azucena yerta
Que tiene por esposa... sensitiva
Que el cáliz apuró de los dolores
Donde solo creyó libar amores,

Allí donde sus aguas Danro vierte
En el Genil, lo espera cabalgando
En brioso coreel ¡adversa suerte!
Al frente de su ejército Fernando.
«Este reino, señor, y ciudad fuerte
Te entregamos,» Boabdil dice llorando,
«Pues así lo dispuso, así lo quiere
«El soberano Allah, que Él te prospere.»

Cual rápida saeta disparada
Parte seguido de los suyos presto
El último Sultan de esa Granada,
Que aun hace el sueño al musulman molesto;
Y aguija su caballo, que inflamada
La redonda nariz, va descompuesto,
Como el Borak en la celeste esfera,
Al Zogoibí llevando en su carrera.

Monachil atraviesa y ya de Armilla
Las casus blanqueadas divisaba,
Cuando encontró á la Reina de Castilla
Que un palafren fogoso galopaba:
Surca el llanto y escalda su mejilla...
Que de sus ojos sin cesar brotaba
Copiosa fuente de abundante lloro,
Postrer consuelo al desdichado moro.

Mediaba el sol su fúlgida carrera
Y los Reyes reunidos é impacientes,
Aguardan que tremole su bandera
El de Tendilla y sus contadas gentes:
De Al-Baul por la rápida ladera
Sube á la Alhambra, suenan estridentes
Las puertas en sus muros y arquitrabes
Y Aben-Comixa le entregó sus llaves.

¡Pobre Alhambra también! no te querelles
De tu destino y cautiverio infando
Que de Dios inmutables son las leyes.
Oye esa voz á tu ciudad llamando
Que «Granada, Granada por los Reyes
«De Aragon y Castilla, Don Fernando
«Y la invicta Isabel,» dice, y su acento
Estremecer parece el firmamento.

Crujen los arcabuces y lombardas,
Redoblan atambores y clarines,
Rinde el soldado picas y alabardas,
Sus espadas los nobles; los fortines
De Santa Fe disparan sus bombardas,
Que repitiendo el eco en los confines
De la risueña granadina yega
Hasta el solio de Dios humilde llega.

Y es que la Cruz que en el Calvario un día
De santa redencion fuera instrumento,
De la *Vela* en la torre se veía
Y el Cruzado la daba acatamiento;
De la Reina en la mente sonreía
Entonces ya gigante pensamiento
Que su entusiasmo realizó fecundo,
Llevando aquella Cruz hasta otro mundo.

Yo con los ojos de la Fe la veo
Cercada de infinitos resplandores,
Pero al querer cantarla, mi deseo
De la impotencia estrellan los rigores:
¡Gloria á la Cruz! al inmortal trofeo,
Para quien son mezquinos mis loores!
¡Á los Reyes Católicos y á España
Que supo realizar tan grande hazaña!

8 de Mayo de 1880.

TERCER TEMA.

PREMIO.—GRANADA DE ORO.

AL HÉROE DE LA CARIDAD

SAN JUAN DE DIOS.

POESIA

DE LA

Sra. D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

*La caridad es la llave que
abre las puertas del cielo.*

Sol de la humanidad: sol que á su paso
Llena los mundos con su luz ardiente:
Cuya lumbre esplendente
Tiene, sin sombra y sin oscuro ocaso,
En el pecho de un Dios su claro Oriente.

Rosa incolora de suave aroma,
Raudal de amores, en amor profundo
Abundante y fecundo:
Blanca y sencilla y cándida paloma
En cuyas alas se cobija el mundo.

De la Esperanza celestial hermana,
Fiel compañera de la Fe bendita
Que en las almas habita:
¡Amante como Dios y soberana,
Y como Dios eterna é infinita!

¡Que el fin del tiempo llegará! sin velo
Brillará la divina Omnipotencia;
Y ya será, sin duelo,
Para el alma feliz que arribe al cielo,
Realidad la Esperanza: la Fe ciencia.

¡Y tú subsistirás! en el sagrado
Abismo inmenso de la eterna historia,
Aún de tí habrá memoria;
Que Aquel que es todo amor, en tí anegado
Hará que inundes con tu luz su gloria!

Sí: tú subsistirás, pura y elemento
Hija del cielo, Caridad sublime
Que amparas al que gime,
Y del hombre á la par sobre la frente
Tu diestra un sello soberano imprime.

Tú eres faro inmortal, puro y tranquilo
Que alumbrá al misionero en su carrera;
Por tí en otra ribera
Ni tiembla junto al pardo cocodrilo,
Ni se aterra al rugir de la pantera.

Y en Singapoor, en Asia, en Oceanía,
En la extensa región que el sol inflama,
Con una Cruz por guía,
La tempestad gigante desafia
Iluminado por tu santa llama.

Por tí deja la virgen inocente
Patria y hogar, sin duelo ni pesares,
Y buscando otros lares,
Cruza el espacio con serena frente
Aunque al soplo de Dios hiervan los mares.

¡Oh! Caridad, del cielo descendida,
Nada á tu influjo celestial resiste!
Tu mano bendecida
Pan da al hambriento, proteccion al triste,
Agua al sediento, y al enfermo vida.

Mas aunque Dios te concibió en su anhelo
Y en tí un destello de su luz se encierra,
Cual Iris de consuelo,
Á veces cruzas la extension del cielo,
Para bajar á embellecer la tierra.

Por eso el noble corazon de un hombre
Llenaste un dia con tu llama pura
De célica hermosura,
Siendo, de entonces, su bendito nombre
Iris de salvacion en noche oscura.

Era pobre; sin brillo y sin grandeza
Llegó al dintel de la existencia humana;
No tuvo más riqueza
Que de su fe la sin igual firmeza
Y su inefable caridad cristiana.

Mas si miseria y duelos inclemente
Solo al nacer brindole la fortuna,
Circundaron su cuna
Con pabellon de luz el sol naciente
Con anchas olas de fulgor la luna.

Y el serafin de la piedad sencilla
Batió sus alas de suave armiño,
Y con santo cariño
Dobló á su lado la inmortal rodilla
La sien besando del humilde niño.

Villamayor! Villamayor! dichosa
La estrella fué que iluminó tu cielo,
Osténtante orgullosa,
Porque fuiste su patria venturosa
Y vió la luz en tu bendito suelo.

Su patria! me engañó! mi fantasía
No seguirá su paso en bien fecundo,
Un día y otro día:
¡Almas como la suya, Dios las guía
Siendo su patria la extension del mundo!

Solo diré que para el duelo humano
Fué su gigante corazon estrecho;
Que en lágrimas deshecho,
Al mendigo doquier llamó su hermano
Dándole abrigo en su amoroso pecho.

Y le buscó y le amó! y en su intranquilo
Perpétuo anhelo, en el afan ardiente
Que agitaba su mente,
Soñó darle morada y darle asilo
Á la infeliz humanidad doliente.

Entonces por el cielo bendecida
Fué su divina idea sin ejemplo,
Y en mi ciudad querida,
Milagro del amor que le dió vida,
Tuvo el pobre un hogar y Dios un templo!

Y porque al mundo su virtud asombre
Ese Dios mismo poderoso y justo,
De Juan el santo nombre
Dióle á aquella mansion, obra del hombre
Mezclado al suyo creador y augusto.

Y fijó en él sus ojos inmortales
Y así le dijo con acento blando,
Sus esfuerzos mirando:
«Yo te daré tesoros celestiales
«Que tus horas de lucha voy contando.

«Cual tú soy padre del que sufre y ora,
«Cual yo en las sendas del dolor caminas,
«Y amparando al que llora,
«Encuentras como yo, y hora por hora
«Ingratitud y lágrimas y espinas.

«El mundo como á mí te tiene en poco
«Y tu grandeza comprender no quiere,
«Despreciarte prefiere,
«Y en su error como á mí te llama loco,
«Y cual mi rostro hirió tu rostro hiere.

«Pero no desfallezas, no tu brio
«Pierdas un punto ni tu santa calma;
«¡Eleva á mí tu alma!
«No entre los hombres, en el reino mio
«Premio digno de tí, se alza una palma!

«Tuya será que en el Eden florece
«Y su perfume hasta mis plantas llega:
«Gallarda y noble crece,
«Que el aura de mi amor sus ramas mece,
«La gratitud con lágrimas la riega!

«Tuya será! y al terminar el plazo
«De tu breve existencia santa y justa;
«Roto su frágil lazo
«Apoyando la sien en mi regazo
«Reposarás bajo su sombra augusta.

«Y será por doquier tu santo nombre
«Bendecido de un polo al otro polo:
«¡Tal premio no te asombre!
«¡Si tú has vivido para amar al hombre,
«Yo en cruz he muerto por amarle solo!»

La augusta voz del Hacedor divino
Se perdió en los espacios, Juan la frente
Inclinó humildemente,
Y prosiguió sereno su camino
Siendo padre del pobre y del doliente!

Y realizose la promesa santa:
El justo mora en la region del día,
Y aun llegan á su planta,
Con los gemidos que el dolor levanta
Las bendiciones que el amor le envía.

Oh! Juan de Dios! si el eco de un lamento
Puede llegar á estremecer tu oído;
Si aun en tu eterno asiento
Late tu corazón al pensamiento
Del duelo y el pesar del afligido,

Desde la augusta y celestial morada
Do tus altas virtudes resplandecen,
Torna hácia mí Granada
Tu compasiva y paternal mirada:
¡Ve que tus pobres ¡ay! sin tí perecen!

La humanidad corriendo enloquecida
En pos del oro y los placeres vanos,
Al desgraciado olvida
Que roto el corazón y el alma herida
Le tiende inquieto las desnudas manos.

¡Ya no hay santa piedad! El heroísmo
No sobre la razón se enseñorea;
Solo hay materialismo
Y vanidad, y orgullo, y egoísmo
En nuestra torpe sociedad atea.

Si el hombre apaga de la Fe sagrada
La llama pura en su terrible anhelo;
Si ¡ay! ya no espera en nada
¿Qué hará la Caridad sino angustiada
Plegar las alas y volver al cielo?

Pero no, no será! La patria mía
Aun bajo el árbol de la cruz reposa;
Aun en su Dios confía
Y cual lo fuera en su entusiasmo un día
Es aun noble, y creyente, y generosa!

¡Sí, yo lo sé! Y al elevar mi canto
Ante el altar del que Granada adora,
También mi voz levanto
Y para el triste en mi angustiado llanto
Amparo y protección demando ahora.

¡Socorred su miseria! que mi ruego
Conmueva el corazón estremecido
Por su pesar herido,
Yo ante vosotros suplicante llevo
Y una limosna para el pobre pido!

¡Oh! los que aquí sus días de tristura
No conocéis ni su dolor sin calma,
Consolad su amargura,
Que por una limosna santa y pura
Se compra un cielo y se redime un alma.

Y en cambio el Dios potente y soberano
Raudal eterno de venturas ciertas
Os dará por su mano,
Y abrirá á vuestro espíritu cristiano
De la inmortal Salem las anchas puertas.

Y allí no hay ya miseria ni dolores,
Ni inquieto afán, ni vida transitoria,
Solo hay perpétuas flores,
Y eterno sol, eternos resplandores,
¡Amor eterno, eternidad de gloria!

TERCER TEMA.

ACCESIT.—PLUMA DE PLATA.

ODA Á SAN JUAN DE DIOS

POR

D. AURELIANO RUIZ.

¡Granada fué su cruz, y esa es su gloria!

Al exhalar el último lamento
Jesús en el Calvario,
Del mundo antiguo derrumbó el cimiento;
De la vida inmortal abrió el sagrario.

Y desde aquella celestial aurora,
Se abrigó á porfía
La luz, de las tinieblas vencedora,
Hasta alcanzar la plenitud del día.

Y de aquellos radiantes esplendores,
Cual iris de bonanza
Surgió la *Fe*, y en cénicos vapores
Brotó, llena de encantos, la *Esperanza*.

Y para gloria y perenal consuelo
Del hombre sin ventura,
La *Caridad*, emanación del Cielo,
Sembró en la tierra su semilla pura.

Y germinó feraz, y con su esencia
De bálsamos henchida,
Presta nuevo vigor á la existencia
Para cruzar las sendas de la vida.

¡Virtud sublime: el corazon humano
Bajo tu dulce imperio,
Templa el rigor de su pesar tirano
Y el yugo de su amargo cautiverio!

Tú del polvo á los míseros levantas;
La esclavitud redimes;
Bajo los áureos artesones cantas,
Sobre las ruinas desoladas gimes.

Rompes la lóbreguez de las tinieblas
Y de las densas brumas,
Los mares calmas, los desiertos pueblas,
Y conviertes las olas en espumas.

Que allí donde tu amor, que es fin y es medio,
Se muestra compasivo,
Tiene todo infortunio su remedio;
Hallas todo pesar su lenitivo.

Pues son para las almas peregrinas
Tus dones celestiales,
Fuente de puras aguas cristalinas
Que brotan de fecundos manantiales.

Son como fresca sombra en el ardiente
Y abrasador Estío;
Así como á las plantas el ambiente;
Así como á las flores el rocío.

¡Feliz el alma que en tus rayos arde,
Y de perfumes rica,
Sin vana pompa ni ostentoso alarde,
El bien ejerce y la virtud practica!

¡Feliz el corazon cuyo latido
Responde á tus encantos!
¡Por tí en el mundo terrenal han sido
Los mártires, los héroes y los santos!

Por tí subiendo *al immortal seguro*,
Y con tu luz por guía,
Un hombre humilde y de linaje oscuro
Llegó á las puertas de Granada un día.

Brillo la Fe prestábale á sus ojos;
Y así como el que avanza
Tronchando espinas y pisando abrojos
Por senda que ilumina la Esperanza:

JUAN, —cuyo nombre nos legó la Historia
Y consigné elocuente
Para recuerdo y ejemplar memoria
De su cristiana caridad ardiente;—

Penetra en la Ciudad, triste, abatido,
Llevando, macilento,
Grabadas en su rostro dolorido
Las huellas del pesar y el sufrimiento.

Y del alma en el fondo, la amargura,
Á su dolor sujeta;
Que tenaz el recuerdo le tortura
De su pasada juventud inquieta.

Quizá una sombra, de su infancia amiga,
Que por sus culpas gime,
Allá en su mente la razon le ostiga;
Allá en su pecho el corazon le oprime.

Y era en el tiempo que la fama abona;
Y en que la fiel Granada
Era un florón de la imperial corona;
Joyel prendido á su triunfante espada.

Tiempo en que vió, con majestad severa,
Brillar en su recinto,
Junto á las haces de Isabel primera,
El águila caudal de Cárlos quinto.

Ostentaba la hurrí, perla del moro,
Entonces á millares,
Llenos de seda, púrpuras y oro,
Ricos templos, palacios y bazares.

Y emporio de grandeza y poderío,
«Estrella de Occidente»
La apellidaba el árabe bravío;
La renombraba el español valiente.

En su Vega y sus cármenes frondosos
Le daban sus primores
Y su aroma y sus jugos deleitosos,
Los árboles, las fuentes y las flores.

Y bordaban sus campos y sus vides,
Junto al hogar que humea,
Los gigantesco álamos de Alcides
Y las sonoras palmas de Judea.

Y en festones de múltiples guirnaldas
Ornaban sus verjeles,
Blancos jazmines y amarillas gualdas,
Verdes mirtos y délficos laureles.

Y cuantos frutos y copiosos granos
Dan los opuestos climas,
Se fecundaban en sus anchos llanos
Y de sus montes en las altas cimas.

Y rendía tributo á su hermosura
Al coronar su frente
De blanca toca y plácida frescura,
La nieve eterna de su Sierra ingente.

Y su espacio poblaban, entre aromas,
Perfumes y colores,
Con sus blandos arrullos las palomas,
Con sus trinos de amor los ruiseñores.

Y al rumor de las aguas y las brisas
De su region amena,
Le prodigaba el cielo sus sonrisas
Á través de la atmósfera serena.

Y allí, del arte asombro, en sus cimientos
Alzaban seculares,
Sus trazas los cristianos monumentos
Al par de los moriscos alminares.

Así de JUAN á la fugaz mirada,
Apareció hechicera
La espléndida Ciudad engalanada
Con la luz que en sus montes reverbera.

Y su cielo al mirar, cayó de hinojos
En lágrimas deshecho;
Y un rayo celestial hirió sus ojos,
Prendió en su alma y se inflamó en su pecho.

Y en éxtasis de amor y de ventura,
Sintióse arrebatado
Á la eterna region donde fulgura
Lo inmenso, lo infinito, lo increado.

Y al contemplar la eterna maravilla
Del Sér Omnipotente
Ante quien toda potestad se humilla,
Hundió en el polvo sideral su frente.

Vuelto á la triste realidad que aterra,
Vislumbra su destino;
Y al hallarse otra vez sobre la tierra,
Toma su cruz, y emprende su camino.

La abnegación y la constancia fuerte,
Sirviéronle de égida,
En los rudos embates de la suerte,
Y en las revueltas luchas de la vida.

Y ejemplo vivo del amor sublime,
La caridad implora,
Para extinguir los ayes del que gime,
Para enjugar los ojos del que llora.

Y en tanto que alimenta y da su abrigo,
Su albergue y su consuelo
Al pobre y al anciano y al mendigo,
Su sien reclina sobre el duro suelo.

Tan fiel memoria la Ciudad resguarda
De asolación impía;
Que aún existe el zaguan en que se guarda
El asiento de piedra en que dormía.

El pueblo ingrato á la moral severa,
Tuvo su amor en poco:
Por loco le tomó con saña fiera
Y por do quier le apellidaba *el loco*.

Y el ultraje soez, y el golpe rudo,
Y la terrible afrenta,
Jamás lograron quebrantar su escudo:
Siempre la lucha el ímpetu acrecienta.

Así el arroyo en su veloz huida,
Si encuentra su corriente
Por extraña barrera interrumpida,
Rompe su cauce y tórnase en torrente.

¡Sublime abnegación: tu excelsa idea
Tan infinita y santa,
En su propio heroísmo se recrea
Y en su misma grandeza se agiganta!

¡Divina Caridad! llama fecunda
De vívidos fulgores
Que cielo y tierra de placer inunda
Con la brillante luz de sus amores:

Tú fuerza y norte en la existencia fuiste,
Y compañera y guía
De aquel ángel de amor, que pobre y triste
Llegó á las puertas de Granada un día:

Para olvidar con prácticas austeras
Que á su vivir errante,
Sombra dieron las bélicas banderas
Del gran emperador Cárlos de Gante:

Y para hacer patente que en su anhelo
La Caridad alcanza,
Á descorrer el pabellón del cielo
Y á realizar del mundo la esperanza!

JUAN se llamó DE DIOS; de Dios el faro
Le iluminó tranquilo.
Benigno el cielo le prestó su amparo,
Y él á sus pobres les dejó un asilo.

La Religión, del mundo para ejemplo,
Bendice su memoria,
Le alza un altar y le consagra un templo:
¡Granada fué su cruz, y esa es su gloria!

CUARTO TEMA.

PREMIO.—PENSAMIENTO DE ORO.

ROMA PAGANA.

POESIA

DE LA

Sra. D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

*Toda grandeza humana es polvo y nada,
tan solo es inmortal la Cruz sagrada.*

¿Dónde vas, Pueblo-Rey? ¿Por qué afanoso
Llenas las calles de la invicta Roma,
Cual agitado viento impetuoso,
Que en su empuje violento y poderoso
Alas del huracán, silvando, toma?

¿Adónde vas, que en tu insensato anhelo
Al pensamiento en rapidez iguales,
Y en confuso tropel cruzas el suelo,
Como atraviesa la extensión del cielo
Un ave inmensa de gigantes alas?

¿Es, que sobre la escena en esta hora,
Deseñada la púrpura y el manto,
Pulsa Neron la cítara sonora,
Y que el mundo le aclame intenta ahora
En vez de César, como Dios del canto?

¿Y tú sin fuerzas, y enervado y ledo,
De falsa admiración haciendo alarde,
Vas á escucharle estremecido y quedo,
Y en entusiasmo convirtiendo el miedo,
Esclavo al fin, le aplaudirás cobardo?

¿Es que quiso en hoguera encandescida
Trocar esa extensión en que te arrojas,
Y por olas de fuego circuida
Roma entera se mira convertida
En mar de llamas con espumas rojas;

Y de espanto y sorpresa estremecido
Huyes y corres en tu afán incierto,
Y al espacio, á tus ojos extendido,
Te lanzas cual rebaño perseguido,
Como río sin cauce ó mar sin puerto?

¿Es... pero no: que en el fulgor ardiente
Que hoy brilla ¡oh Roma! en tu imperial mirada
La angustia no se pinta, ni en tu frente
La triste huella del pesar doliente
Ni el profundo terror, se ve mareada.

Otro es el móvil que tus pasos guía,
Otro el anhelo que á expresar aciertas
Con tus gulas, tu afán y tu alegría:
Tú no corres inquieta en este día
De la ciudad á las cercanas puertas.

¡Al circo vas! de músicas y flores
Inundado ya está su circuito,
Hoy no luchan sus bravos gladiadores,
Pero banderas mil de cien colores
Ondean en sus arcos de granito

Y acá y allá, de formas colosales,
Blancas estatuas el espacio inmenso
Decoran en sus altos pedestales,
Y en vasos de alabastro, en espirales
Se elevan nubes de aromado incienso.

La torpe meretriz, la sien ornada
Con las rosas de Chipre, destrenzado
El tendido cabello, la mirada
Sin resto de pudor, de grada en grada
Va, con el seno impuro mal velado.

Ordénanse agrupadas las legiones
Que del tribuno ante la voz se humillan:
Desgarra el sol sus rojos pabellones,
Y del trono en los anchos escalones
Haces de lanzas á su llama brillan.

El noble senador alza la frente
Envolto entre su parda laticlava,
Y avanza hasta su puesto lentamente,
Intentando en su afán inútilmente
Abrirse paso entre la turba esclava.

En altas sillas de marfil y oro
Asiéntase el Edil, grave y erguido,
Y del clamor lejano al rudo coro
Responde aterrador, claro y sonoro,
De los feroces tigres el rugido.

El pueblo aplaude con afán profundo:
Arrojan en el fuego nuevo aroma,
Que, cercado de brillo sin segundo,
Altivo llega el vencedor del mundo
César, y Cónsul, y Señor de Roma.

¡Vedle! ¡allí está! sereno en este día
La diadema imperial su sien ostenta;
Y en tanto que le aclaman á portía,
Con su sonrisa desdeñosa y fría
Sus siervos mira, y sus esclavos cuenta.

La muchedumbre al verle se estremece,
Sordo rumor en derredor se escucha:
La plebe, en el afán que la enloquece,
Grita, pidiendo que la fiesta empiece,
Grita, pidiendo la sangrienta lucha.

Da el César la señal: crece el estruendo:
El circo ya los pretorianos fieles
Van despejando, su deber cumpliendo,
Y luego al replegarse, van cubriendo
Del estrado imperial los escabeles.

Todo está pronto; y el clamor resuena
De un pueblo que se agita en su delirio.
El Licitor dice un nombre, y en la arena
Se mira aparecer, noble y serena,
Y dispuesta la víctima al martirio.

Mas ¡ay! no es el atleta que animoso
Se presenta en la liza desarmado:
No es el Galo atrevido y vigoroso;
Ni es el Germano inquieto y orgulloso,
Si vencido en la lid, nunca domado.

¡Oh! Roma, Roma, en tu extension pagana
Más brillante espectáculo no has visto;
¡Que es una vírgen tímida y cristiana
Quien va á luchar contra la Tigre hircana
La Cruz siguiendo y confesando al Cristo!

Blanca es su frente, celestial y pura
Cual la azucena que en los valles crece;
Y es blanca la flotante vestidura
Que envuelve leve su gentil figura
Y al soplo de las auras se estremece.

Suelto el cabello que envidiara el oro,
Trémulo el labio en que el gemido brota
Y ocultando de perlas un tesoro;
Mal comprimida, del amargo lloro,
En las pupilas la brillante gota:

Del pobre corazon de angustia lleno
Queriendo acaso en sus esfuerzos vanos
El rápido latir, tornar sereno:
Plegando humilde sobre el casto seno
Las inocentes y convulsas manos.

Tal se presenta, débil y azorada
Sola y sin velo la gentil doncella,
Y al dirigir en torno la mirada
Palidece su frente immaculada
Donde el santo pudor marcó su huella.

Que el pueblo audaz mirándola murmura
Tal vez llamando á su señor tirano:
Y al ver su juventud y su hermosura
Quizá la juzga en su ilusion impura
Venus, la Diosa del amor pagano.

Y un solo grito en los espacios suena,
Luz á los ojos que la miran falta,
Cuando abierta la jaula y sin cadena,
Del ancho circo en la menuda arena
Una pantera enfurecida salta.

Todo en silencio queda; ni un gemido
Gira del viento en los perdidos sonos:
Casi pudiera percibirse el ruido
Que produce, agitándose, el latido
De mil antes serenos corazones.

Mira en redor inquieta y recelosa
La fiera reina del desierto brava,
Y avanzando enoigida y cautelosa,
En la inocente víctima, afanosa
La mirada feroz hambrienta clava.

¡Ay de la vírgen! incolora nieve
Son ya las rosas de sus labios rojos:
Tiembala agitada como arista leve:
Á mirar á la tierra no se atreve
Y al cielo torna los celestes ojos.

Las manos tiende en la extension vacía
Y su rodilla sobre el suelo toca
Cual flor que muere al espirar el día:
Mas, en tan rudo instante de agonía
Piensa en su Dios y con fervor le invoca.

¡Oh! ¡la fuerza está en él! luz soberana
Sobre su frente virginal descende:
Vencida queda la flaqueza humana
Porque la llama de la fe cristiana
Como sol inmortal su pecho enciende!

¡Ya ante sus ojos desaparece el mundo,
Un nuevo día en su horizonte brilla:
¡Á Aquel ve solo, que en su amor profundo
Con su poder inmenso y sin segundo
Sostiene al débil y al soberbio humilla!

Ya su bien mira en la cereana muerte,
Ya mira en el martirio la victoria,
Y ya tranquila y confiada y fuerte,
Su empezada oracion, feliz convierte
En himno santo de esperanza y gloria:

Y de rodillas con la faz serena
Aguarda inmóvil el terrible embate:
¡Cruge oprimida la infecunda arena,
Y cual tronchada y pálida azucena
Dóblase al fin sin lucha y sin combate!

¡Sangre colora su marchita frente;
Saltando en anchas y calientes gotas;
Y su nevada túnica inocente,
Roja se torna, con la sangre hirviente
Que brota á mares de sus venas rotas.

¡La inquieta multitud, grita en su anhelo!
¡Termina de la mártir la agonía!
¡Gloria á la vírgen, que aspirando al cielo
Al adormirse en el culpado suelo
Fué á despertar en la region del día!

Veneiste oh Roma! Emperador pagano;
Hoy altares á Júpiter levanta!
¡Aclámale al pasar, pueblo romano,
Y esta hazaña inmortal de tu tirano
Con alto ritmo y ditiraubos canta!

¡Mas tiembala, y ay de tít tus peregrinas
Grandezas, tu esplendor, tus monumentos,
Y aun tus siete magníficas colinas,
Serán en breve carecomidas ruinas;
Polyo espareido por los cuatro vientos!

¡Y esa cruz que escarneces, soberana
Se alzará sobre el alto Capitolio:
Que humillada por Dios, Roma pagana,
Del manto de sus Césares, mañana
Hará á la invicta cruz brillante sólio!

QUINTO TEMA.

PREMIO. — PLUMA DE ORO.

LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA

POR

D. JOSÉ ACOSTA Y WERTER.

¡Pulvis erit!

I.

Un delicioso y encantador panorama se presentaba á la vista desde el camino que conduce de Santafé á Granada, al terminar la recta avenida sombreada por copudos árboles que hoy es calle Real de San Lázaro, en una hermosa y apacible tarde del mes de Mayo, del año 1539 de nuestra era.

El sol, declinando hácia el ocaso, lanzaba sobre la poblacion sus últimos y más dorados rayos, tiñendo con ráfagas de topacio sus hermosas huertas, sus pintorescos edificios en forma de anfiteatro, las elevadas agujas de sus iglesias, y sus gigantescas montañas que en el fondo se confundian con el zafiro de su cielo incomparable.

Al frente, en primer término, el extenso erial cementerio de los árabes, hoy campo del Triunfo: más lejos, la magnífica puerta de Elvira, (*vib-Elveira*) rompiendo la alta muralla que á la poblacion circunja; la que, perdiéndose á la vista por un lado en la puerta del Boqueron, y elevándose por el otro en desigual pendiente por el barrio de la Alhacaba, veíase como abandonada cinta por la cerca llamada de Don Gonzalo, hasta esconderse entre verdes árboles y floridos frutales,

Sobre la puerta de Elvira, la Monaita ó de la Bandera; y el barrio del Zenete, y el Albaicín, destacando sus edificios entre irregulares masas de verdura, onduladas como penachos floridos, sobre los rojizos tejados. Más allá, fantásticas montañas de azuladas tintas; y aún más lejos, lo maravilloso, lo increíble como vision de un sueño: la gigantesca Sierra con sus nevados picos, que amenguando la distancia por ilusión óptica, parecían unir sus rosados reflejos con los naranjos y limoneros de sus laderas; los hielos del Norte, en natural consorcio con la más exuberante vejetación tropical.

En aquella tarde, y en aquella hora, lucida, aunque fúnebre comitica, avanzaba por el mencionado camino.

La compañía una escogida tropa de caballeros y magnates de la corte del Emperador Carlos V, que perfecta y lujosamente armados, montando briosos corceles, y acompañados por sus escuderos, palafreneros y pajes, rodeaban una espaciosa litera, en que iba colocado un ataúd de plomo.

Habiendo muerto en Toledo, el primer día de aquel mismo mes, la joven Emperatriz Doña Isabel de Portugal, era su cadáver trasladado por voluntad del César, á la Real Capilla de Granada.

Negros eran los grandes paños de recamado terciopelo que cubrían el ataúd y el pesado vehículo, y los arneses, penachos y paramentos de los caballos que lo conducían, campeando en sus relieves y adornos de oro, el imperial blason. Los escuderos y los pajes llevaban encendidos gruesos blandones de amarilla cera, y cerraba el cortejo una escolta de lanzas de la guardia del Emperador.

Próximo á la litera, conteniendo los arranques de un brioso potro cordobés, vistiendo rica armadura, pero sin airon ni divisa en señal de duelo, cabalgaba, sin avanzar ni adelantar un paso, la cabeza inclinada sobre el pecho, y fija la vista en el régio ataúd, el Marqués de Lombay, heredero del Ducado de Gandía, encargado por Don Carlos de hacer entrega del cadáver de la que fué su esposa, al clero de Granada.

Cerca ya de la población, al dar vista á la puerta de Elvira, la comitiva hizo alto, y esperó la llegada de otra, no menos lucida y mucho más numerosa, que entonando fúnebres salmodias, por las puertas de la ciudad adelantaba.

II.

La Emperatriz era aún joven cuando murió, y siempre había sido hermosa.

Poco tiempo despues de su llegada á España y de sus bodas en Se-

villa vino, con el César su esposo, á visitar el más hermoso florón de su imperial corona; y, por extraño, y más que extraño desconsolador contraste, á los trece años volvían para ser en ella depositados sus inanimados restos.

En la morada de los reyes árabes, en esa Alhambra, maravilla del mundo, encanto y orgullo de los propios, sueño y envidia de los extraños, edem creado por el amor y la voluptuosidad, con sus melancolías y sus silencios, sus sombras y sus murmullos, sus misterios y su fascinación irresistible, sintió acaso la hermosa Doña Isabel los primeros síntomas de maternidad; y el joven Emperador, al lado de su esposa, gozó de días deliciosos, acaso los más bellos y tranquilos de su agitada vida.

En grata conmemoración de tan dulce recuerdo, soñó entonces, que sus restos y los de su esposa, hallasen en su día, con los de sus abuelos venerandos, eterno reposo bajo su hermoso cielo; y además proyectó ó hizo principiar la construcción del gran palacio.

Pero... como prueba de las vicisitudes del tiempo... hoy, ni la hermosa ciudad guarda sus cenizas..... ni el palacio se concluirá jamás.

La historia nos dice, que dotada la Emperatriz de hermosura extrema y excelente índole, era además sabia y magnánima.

Las expediciones del Emperador fuera de la Península eran frecuentes y justamente motivadas, por las guerras y disensiones en Italia y el Piamonte, Flandes y Alemania; enemistades y convenios con Francia y con el Papa; irrupciones de los turcos, célebre expedición á Túnez, y los serios y trascendentales trastornos producidos por los luteranos del Norte. Y en estas ausencias, más ó menos dilatadas, la Emperatriz, con el consejo de varones ilustres, ejerció la gobernación del reino á satisfacción de todos.

Y, guardadora fiel de la dignidad que ostentaba, y del honor de su esposo, jamás las nubes que acaso alguna vez en su imaginación surgieran, empañaron su purísima frente; y, ni la historia ni la crónica han podido hallar la más ligera sombra en aquella corta existencia, en aquel fugaz reinado, en aquella angelical figura, modelo acabadísimo de virtud y abnegación.

El joven Marqués de Lombay, por sus honrosos oficios en palacio, siempre al lado del Emperador, y más aún, del príncipe heredero Don Felipe, tuvo necesaria ocasión del más íntimo contacto con la Emperatriz.

Desde el primer instante, su juvenil imaginación concibió un afecto tan vehemente y sincero por Doña Isabel, que sus facultades todas eran poco para admirarla, y su adhesión constante insuficiente para servirla; pero este sentimiento, que bien pronto se convirtió en ado-

racion respetuosa, absorbía de tal modo su imaginación y su alma, que no dejaba lugar ni á una sombra, ni á un pensamiento, ni á un deseo de amor terreno.

Así, entusiasta admirador de sus virtudes, ciego idólatra de las bellezas de su alma, hizo de su amor una religión; de su adoración un culto; y, sin discernimiento, sin voluntad propia, siguió siempre á la Corte en Toledo, Valladolid y Barcelona, esclavo de aquella pasión platónica, por nadie sospechada, tan exenta de halagadoras esperanzas como de tempestuosos celos, y dispuesto siempre á la abnegación y al sacrificio.

III.

De regreso de Niza el Emperador, donde acababa de ajustar una nueva tregua con el Papa y con el rey de Francia, celebró Cortes en Toledo, que por cierto fueron bien borrascosas; y en este tiempo falleció la Emperatriz, al dar á luz otro príncipe, también muerto. El Duque de Gandía, que por asuntos de su cargo estaba ausente, volvió precipitadamente á Toledo al saber la triste nueva.

Llegó; y, en uno de los salones del palacio, tapizado de negro y oro, vió, expuesto en un magnífico féretro rodeado de infinitos blandones, el cuerpo inanimado de la Emperatriz. Dignidades de la Iglesia, frailes y ricos-hombres oraban, y el silencio era solo interrumpido por el melancólico murmullo de las preeces.

Doña Isabel, en el lecho mortuario, que sus damas habían casi cubierto con flores olorosas, parecía reposar dormida. Tenía los ojos blandamente cerrados; la nítida blancura de sus mejillas transparentaba las azules venas; sus labios, pálidos como un capullo separado del fresco tallo, parecían sonreír; y sus manos de alabastro, estrechaban un crucifijo, sobre su seno de formas virginales.

Flaquearon las rodillas á Lombay, se estremeció su corazón, y juntando sus manos, cayó de hinojos; y en aquel supremo instante, absorbiendo con tenaz mirada y con extático arrobamiento el mármoleo rostro y el rígido cuerpo de su ídolo, sintió en su sér la revelación aterradora de la vehemencia de aquella pasión voraz, hasta entonces contenida, alma de su existencia y vida de su pensamiento.

Y el dolor y la desesperación ofuscaron su mente; y extrañas visiones y horribles fantasías oscurecieron su entendimiento; y subiendo como densas brumas del corazón á la cabeza, perturbaban su razón, próxima á desvanecerse en el vértigo y acaso en la locura.

IV.

La temprana muerte de la Emperatriz, que aún no contaba treinta y ocho años, fué muy llorada por su esposo, y sentida por todo el reino. En Toledo se le hicieron suntuosísimas exequias; y hasta en Francia, á pesar de las enemistades del rey Francisco, le hicieron solemnes honras.

El Emperador dispuso que con gran pompa fuesen conducidos sus restos á Granada, y Gandía fué, como ya hemos dicho, el encargado de la triste misión.

Verificóse la marcha; y en los puntos por donde pasaba el fúnebre cortejo, el clero, las corporaciones y el pueblo, acudían á rendir al egregio cadáver tributos verdaderos de preeces y de lágrimas.

Al sufrir la inteligencia de Lombay el rudo choque producido por la inesperada muerte de aquel sér tan querido, y sentir, por revelación tardía, la transformación del amor ideal, único placer de su soñadora existencia, en la devoradora pasión que torturaba su alma y excitaba su pensamiento, era para su mente alcanzar la realización de los delirios que alimentaba, creerse dueño único de los restos inanimados de la que, en vida fué tan solo, casto ideal de sus dorados sueños.

Y aceptó con gratitud, pero como de propio derecho, el cargo de confianza que el Emperador le confirió; pues juzgaba, en la ofuscación de sus ideas, que, rotos por la muerte los vínculos que á Doña Isabel unían con el mundo, él solo era acreedor á la posesión de aquel cadáver, de aquel féretro, que encerraba todos los afectos de su corazón, todas las aspiraciones de su fantasía, las ilusiones todas de su espíritu.

Y, celoso guardador, no se alejaba un momento de aquel tesoro; y el alimento no le era preciso, ni el sueño indispensable. Y cuántas veces, en las horas de descanso del lento viaje, durante el cual ni aun despojóse de su armés, recostando su febril cabeza en el ataúd, y al parecer dormido, sentía, creía ver que el augusto cadáver, desprendiéndose de su funeral mortaja, renacía á una segunda vida, y le mostraba otro mundo ideal, donde, exentos de debilidades carnales y de sociales preocupaciones, sus espíritus unidos por amor indefinible, gozaban de placeres nunca descritos, delicias inconcebibles, y éxtasis jamás soñados por la más delirante fantasía!

De este modo, á muy lentas y cortas jornadas, que fueron de goce y martirio para el Marqués, llegó á Granada el cortejo, en la hermosa tarde de primavera, en que principiamos este informe relato.

V.

La comitiva que por el llano adelantaba, compuesta del clero de la Catedral y de la Real Capilla con el reverendo Arzobispo D. Gaspar de Ávalos á la cabeza, las parroquias de la ciudad con cruces y mangas, la Real Chancillería, Inquisición, comunidades, grandes, títulos y caballeros, todos llevando hachas encendidas, avanzó, rodeada y seguida de numeroso pueblo, hasta encontrarse con la que conducía el régio ataúd.

Colocado el féretro en un estrado preparado al efecto, principiaron las preeces de la iglesia.

El Marqués, en uso de su especial prerogativa, en pié, al lado del ataúd, contraída la fisonomía, rugosa la frente y estrujando con su crispada mano uno de los extremos de la bordada tela, semejaba un rígido espectro, en que la vida toda hubiera refluído á la febril expresión de sus ojos, enrojecidos por el insomnio y por las vigiliás. Parecía haber envejecido diez años.

El grave silencio de la compacta multitud solo era interrumpido por los monótonos ecos de los fúnebres cantos. La tarde terminaba. Los últimos reflejos del sol poniente doraban con enérgicos toques los puntos más elevados del bello paisaje, y las azuladas sombras invadiendo los planos del terreno, y haciendo brillar las lucec de los blandones y de las hachas, daban mayor melancolía, más triste solemnidad á aquella escena.

Las lombardas de la Alcazaba y de la Alhambra lanzaban al espacio el eco de sus repetidas salvas, y las campanas de todas las iglesias de la ciudad enviaban con las auras sus lígubres tañidos, desde las enhiestas torres.

«*El día en que el espíritu se exhala, cantaban los sacerdotes, vuelve el cuerpo á su tierra original, y todos los vanos pensamientos desaparecen.*»

«*¿Por qué, Señor, apartas de mí tu rostro y me tratas como enemigo? ¿Por qué muestras tu poder contra una hoja que arrebató el viento, contra una paja que arrastra el vendaval?*»

«*Los años vuelan rápidos, y jamás volverán por el camino que recorren.*»

Aun cuando el alma de Lombay parecía extraña á todo lo que pasaba á su alrededor; la triste armonía de aquellos cantos del Libro de Job hería su cerebro, hallando en ellos el eco de sus mismas tristezas; y al oír,

«*Pisaron mis días; todos mis pensamientos se desvanecieron, y se dispersaron todas las esperanzas de mi corazón. Dijo al sepulcro, tu serás mi padre, y á los gusanos, vosotros seréis mi madre y mis hermanos...*»

Un frío glacial penetraba en su alma, y aquellas voces se le hacían aterradoras y siniestras.

«*Mis días se han desvanecido como el humo, y en polvo se han convertido mis huesos.*»

«*Los muertos duermen en el polvo; pero ellos resucitarán. ¡Resucitarán!*»

Y el coro respondía...

«*¡Resurgent!... ¡Resurgent!...*»

Cesaron los cantos: era llegado el momento de hacer la entrega del cadáver.

El Marqués, que anhelaba con ansia y temía con terror aquel instante, desprendió de su cuello la dorada llave que sobre el corazón llevaba, y más pálido aún, casi vacilante, haciendo sobre sí mismo un violento esfuerzo, con la resolución suprema del soldado avanzando á la trinchera tras una muerte probable, hizo girar las cerraduras del ataúd; y, al mismo tiempo que los pajes levantaban la pesada tapa, con mano firme, y, conteniendo los latidos todos de su corazón... arrancó el rico sudario que cubría el rostro de la muy hermosa señora, la Emperatriz Doña Isabel.

Un grito de sorpresa se oyó; una exclamación de horror exhalada por todos aquellos que por su proximidad podían ver el cadáver. El mismo Lombay retrocedió un paso... y se cubrió de helado sudor su torva frente.

¡Era una visión terrible!... El semblante de la muerta aparecía horriblemente desfigurado. Su color densamente cárdeno: los ojos vacíos por la descomposición; descubiertas las fosas nasales: la boca, excesivamente abierta por contracción extraña, al simular horrible mueca, mostraba sus dientes, antes como perlas, y entonces largos y descarnados!...

El Arzobispo, repuesto el primero de su sorpresa, preguntó á Lombay, con las fórmulas acostumbradas, si prestaba juramento de ser aquel el cuerpo de la difunta Emperatriz.

El Marqués, tan lívido casi como el cadáver, apoyando una mano sobre el ataúd, y la otra sobre su pecho, exclamó con voz que no parecía de este mundo.

—Juró, señor, que este ataúd que aquí veis, es el mismo de que se

me hizo entrega en Toledo: juro tambien, que este ataúd no ha sido abierto, ni tocado, ni perdido de mi vista!... Pero, ¡jurar que ese cuerpo, ese rostro, sean de la Emperatriz Doña Isabel, mi señora, cuya belleza solo era comparable á la de los ángeles!... eso... jamás, jamás!!...

Volvióse á cubrir el féretro, y la procesion púsose en marcha hácia la ciudad, dejándose oír de nuevo los cantos sepulcrales.

«Señor, yo clamo á tí desde el fondo del abismo: lleguen á tí mis clamores!»

¡Devolveremos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza, y el polvo al polvo!»

¡Bienaventurados los muertos! ¡Dichosos los que mueren en el Señor!!

Solo ya Lombay, que habia ordenado á su escudero le dejase, llevándose el caballo, seguia con ojos extraviados la ya lejana comitiva, hasta que envuelta en los misteriosos reflejos del crepúsculo, desapareció por la puerta de Elvira; y en tanto, repetía murmurando:—¡Señor... desde el fondo del abismo te imploro!... ¡lleguen á tí mis clamores!!...

VI.

Cuando ya se hubo extinguido todo rumor, todo eco de la descrita ceremonia, el Marqués dejó caer la cabeza sobre el pecho, y, maquinalmente, se internó por una revuelta senda, que cruzaba las huertas y campos de la derecha del camino.

La noche habia llegado: sus sombras avanzaban, y algunas pálidas estrellas destacaban ya su luz en el oscuro cielo.

La soledad de aquellos terrenos era completa; y solo se percibian esos mil rumores del campo solitario, que no interrumpen el silencio, ni distraen la meditacion.

Lombay caminaba con vacilante paso, como impelido por extraños resortes, sin sentir el viento en su desnuda cabeza, sin objeto ni direccion, por sendas y sembrados; cuando, al rodear unas altas tapias que hasta entonces no habia visto, llegaron á su oído ecos lejanos de extraña armonía que parecían descender del cielo; y era tan vago y dulce su sonido, que se sintió fuertemente impresionado; y adelantóse por aquellas cercas, como atraído por aquel himno de paz; y subió una corta escalinata, y salvando una puerta que estaba entreabierta, hallóse bajo las sombrías bóvedas de un inmenso templo.

La extension de sus naves, escasamente alumbradas por los mortecinos reflejos de alguna lámpara en el espacio suspendida, se perdía

en la oscuridad del fondo y en las curvas invisibles de su elevada cúpula.

Ténues reflejos de la claridad exterior del cielo, filtrándose por los pintados vidrios de sus rasgados tragaluces, producian caprichosos y fantásticos efectos de luz con azuladas tintas, en los relieves, imágenes y figuras del majestuoso retablo en que la iglesia terminaba; y, ante el altar mayor, se distinguian algunas informes sombras arrodilladas, y otras, que se movian silenciosas, y se perdian, y volvian á aparecer, como fantasmas en antros desconocidos.

La preocupacion del Marqués no le permitia darse cuenta del lugar donde se hallaba: los misteriosos ecos que le atrajeran habian cesado por completo, y el silencio era cada vez más pavoroso.

Al perder de vista el cielo, al dejar de aspirar las siempre puras brisas del campo, la sorda tempestad que rugia en su pecho se habia exaltado; y aquel misterio, y aquel silencio, y aquella oscuridad, armonizando con el estado de su espíritu, aumentaban la ofuscacion de su mente.

Separado para siempre del fantástico móvil de sus desvelos, se halló solo en el mundo, sin objeto en la vida, sin norte su existencia; sin porvenir, sin rumbo y sin aliento...

Miraba en torno de sí, y nada hallaba que atenuar pudiera sus aflicciones... miraba al cielo... y acaso una imprecacion blasfema pugnaba por brotar del corazon á sus labios!...

Y recordaba aquel desfigurado rostro, cuya horrible deformidad parecia querer anteponerse á los bellos recuerdos del ideal perdido... y las fúnebres antorchas pasaban y repasaban con dudosa claridad ante sus cerrados ojos... y el canto de los monjes, y las tristísimas salmodias zumbaban en sus oídos, y se confundian en su pobre cerebro, ya próximo á estallar...

Á poco, la suave música volvió á dejarse oír. Era el órgano cuyos raudales de armonía extendiéndose por las desiertas naves parecían descender de los espacios infinitos; y voces viriles, pero contenidas, se mezclaban, á los acordes del grandioso instrumento, en plegarias fervientes y en himnos de dulces melodías, imponentes, consoladoras y misteriosas, como la religion de que son eco.

El Marqués, sorprendido, atónito, escuchaba con extraña fruicion aquellos gratos acentos de paz, y parecíale que á su benéfico influjo, dulce laxitud iba gradualmente reemplazando á la terrible excitacion de su febril delirio.

De repente la débil luz de las lámparas pareció animarse, crecer y confundirse con otra claridad que de la misma oscuridad nacia, más diáfana, y más lánguida y hermosa que los albores juntos de todas las auroras y de todos los crepúsculos; y murmullos y armonías, más

dulces que los sonidos de cien arpas, más sentidas que los acentos de todas las aves canoras, brotaban de aquel foco de luz, que se extendía y se agrandaba al difundirse, llegando hasta Lombay.

Y allí, en lo más alto, entre dorados vapores como eternos efluvios de increada luz, creyó ver aparecer la imagen adorada de Doña Isabel, no como últimamente la había visto, hedionda escoria de humanas vanidades, sino más radiante y más bella que en sus más felices días; envuelto su cuerpo en vaporosas nubes, transfigurado y divinizado su dulcísimo semblante, y reflejándose en la sublime expresión de sus ojos los célicos destellos de la bienaventuranza

La combatida inteligencia del Marqués no pudo ya soportar tantas y tan violentas emociones, y cayó al suelo desvanecido.

VII.

Los monjes de San Jerónimo, después de haber rezado sus oficios nocturnos, al ir á cerrar el suntuoso templo en aquella época apenas concluido, vieron al desmayado caballero; y conduciéndolo á una celda, le prodigaron sus caritativos cuidados.

Al volver en sí, era presa de una violentísima fiebre que puso en riesgo su vida; salvóle, sin embargo, de aquella crisis, su juventud y fuerte naturaleza; pero su corazón había quedado herido.

Poco tiempo después abrazó la vida monástica; renunció todos sus bienes, honores y títulos por vestir el hábito de Loyola, siendo el resto de su vida ejemplo de humildad, de virtud y de caridad cristiana: rehusó varias veces la púrpura cardenalicia, y fué su muerte la del justo.

Canonizado por el Pontífice Clemente X, aquel que había sido en el mundo Marqués de Lombay y Duque de Gandía, fué venerado por la Iglesia en el catálogo de sus santos con el nombre de *San Francisco de Borja*.

Aún conserva y refiere el pueblo de Granada tan edificante tradición, que la historia consigna; y aún subsiste desde aquella época, en el sitio donde tuvo lugar la entrega y reconocimiento del cadáver de la Emperatriz, cerca del Campo del Triunfo, una esbelta cruz de mármol que perpetúa el hecho, y es conocida con el nombre de la *Cruz Blanca*.

Mayo de 1880.

QUINTO TEMA.

ACCESIT.—PLUMA DE PLATA.

LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA

POR

D. CÁRLOS LUIS CUENCA.

...su hermosura toda y su resplandor como flor de heno.

ISAÍAS, c. 11, v. 6.

Era el 7 de Mayo de 1539.

Solamente quien haya tenido la suerte de ver un hermoso día de primavera en la pintoresca región del Dauro y Genil, podrá formar idea exacta del delicioso aspecto de Granada en aquella memorable fecha.

La nacarada frente de Sierra Nevada reflejaba la luz del sol con diamantinos destellos; la volcánica mole de Sierra Elvira esmaltaba sus calientes tonos con los cambiantes del ópalo; y entre este ancho peristilo de montañas, la extensa y fértil vega lucía su aterciopelado verdor de tan varios y riquísimos matices que bordan en caprichosas líneas las sendas y arroyuelos, y animan acá y allá los blancos caseríos, bellísimas notas de luz con que un sublime pincel animó el gigantesco cuadro que no tiene rival en su conjunto.

Voluptuosa sultana reclinada muellemente sobre el lujoso tapiz de Persia al arrullo de las fuentes de su encantado aposento, parecía la ciudad mansamente dormida sobre la vega entre las poéticas corrien-

tes de sus rios, adornada con sus floridos cármenes y coronada por la mágica Alhambra, cuyas rojas torres parece que brotan sobre la verde frondosidad como las flores del granado entre el tupido ramaje.

Iluminando los detalles todos de tanta belleza, brillaba con pura claridad el astro del día sobre un cielo del más diáfano azul, donde ligeras nubecillas que fueron levantándose á la aurora, disipábanse insensiblemente, como se pierde un eco en la distancia ó como el aroma de una flor que en el aire se evapora y desvanece.

Como si de alegre festividad se tratase, la poblacion toda se aglomera á la Puerta de Elvira y espárase por el Campo del Triunfo.

Allí veíanse los artistas que labraban los cristianos monumentos, hablando siempre aparte de sus trazas y proyectos.

Los severos licenciados que ni un momento olvidaban la austera gravedad del Tribunal.

Los soldados jactanciosos abriéndose paso á empujones entre los llanos menestrales. Las nobles damas luciendo bizarros lutos... y los maltratados moriscos mal encubriendo bajo el humilde aspecto el rencor profundo que de los más dichosos cristianos les separaba.

Un solo suceso ocupaba en las más distintas conversaciones á los varios grupos allí reunidos; y de la misma manera que cae una luz solar y en cada objeto brilla con diverso color, aquel único suceso era referido y comentado en las más varias formas.

Todos se ocupaban de la muerte de la Emperatriz Isabel, desdichado acontecimiento que llegó á turbar los alegres festejos de Toledo donde se celebraba á la sazón la reunion en Córtes de los Procuradores de Reino.

Quién recordaba la venida á Granada de la Emperatriz, trece años antes y describía minuciosamente los más pequeños detalles de su traje, su entrada en procesion en la Catedral, el costoso recibimiento que la Ciudad hizo á los Emperadores, sin olvidar la corona de oro del Dauro que les fué ofrecida, ni las ágiles y difíciles *leylas* que las moriscas danzaron.

Quién haciendo alarde de su memoria precisaba la hora y los minutos de los dos terremotos del 4 de Julio de 1526, que tanto impresionaron á la Emperatriz.

Este alababa su buen corazon señalándola como mediadora con el César en favor de los moriscos, y era contestado por un reverendo que censuraba aquella misma benignidad que suspendía el acuerdo de la Junta de Prelados y Doctores que en la Capilla Real propusieron dejasen aquellos sus apellidos, trajes y lenguas, olvidando sus juegos y costumbres, todo bajo severísimas penas y para la mayor exaltacion de la fe: y los aludidos á quienes llegaban las palabras del celoso familiar, murmuraban entre ellos del cumplimiento de lo pactado cuando

la entrega y de los tributos cuantiosos que les costaba la suspension de aquel famoso acuerdo.

Acá en un corrillo de rufianes discutíase sobre si la muerte de la Emperatriz habia sido natural ó si en ella tendrian parte las consabidas *yerbas* á que el vulgo atribuye comunmente la muerte de los soberanos.

Más allá en un grupo de honradas comadres se aseguraba haber profetizado el suceso una madre de Santa Isabel la Real que estaba en opinion de santa; y vieja hubo que, sin gozar de esta opinion afirmaba haber visto en el cielo seis meses antes señales inequívocas de muerte de Rey ó Reina, peste ó discordia entre los príncipes cristianos.

Fueron llegando, en esto, el Arzobispo, el Clero, el Presidente de la Chancillería y el acompañamiento oficial que habia de entregarse del cadáver y conducirlo á la Capilla Real, y las campanas doblando tristemente anunciaron que la fúnebre comitiva se acercaba.

Movióse entonces la muchedumbre; empujéronse impacientes; ganaron mejor puesto algunos y descubriéronse respetuosamente todos.

Habia encargado Carlos V á los Marqueses de Lombay la conduccion de los restos de su imperial consorte, y jamás fué cumplida con mayor fidelidad comision alguna como esta, confiada al joven Marqués Duque de Gandía, Caballerizo hasta entonces de la augusta muerta.

Desde su salida de Toledo no se separó un momento de su lado, y no guarda mejor el avaro su escondido tesoro que el Duque custodiaba aquel féretro.

Grave y severo en su aspecto, nada revelaba exteriormente que no fuera el respeto y natural tristeza del fiel servidor; pero bajo la com puesta vestidura del cortesano existia el hombre... y en la íntima profundidad de su alma tenia lugar una dramática escena.

Figuraros un amor inspirado por una hermosísima mujer, en quien la majestad daba mayor realce á todos sus bellos atractivos.

Colocad este amor en un pecho juvenil.

Imaginaos un alma ardiente y soñadora en lucha con lo imposible; combate en que crece el amor con la agonía del que lo siente.

Y luego que hayáis formado idea de esta inmensa pasión, considerad el rayo traidor de la muerte derribando el ídolo adorado, y decidme entonces con qué amarga desesperacion hiera el alma cada instante que huye y con qué horrible temor se espera el momento de abandonar para siempre la criatura idolatrada dentro de la negra y helada sepultura!

Todas estas impresiones ocupaban el alma de Lombay, que en aquellos siete dias de jornada habia apurado todas las fases del dolor, y

del propio modo que el desesperado paciente cansado de sufrir halla instantes de incomprensible placer rasgando su herida, queria el joven Marqués mitigar sus dolores con sus mismas penas y encender esperanzas en las frias cenizas de sus ilusiones!

—«Voy á verla por última vez... se decia, pero voy á mirarla como nunca pude hacerlo.

«Cerca... muy cerca... sin que el respeto baje mis párpados acortando los momentos de mi ventura.

«Sin que pertenezca á otro... sin que á nadie miren sus cerrados ojos... sin que lata por nadie su parado corazón... sin que nadie ocupe su pensamiento que no existe en su cerebro.

«Siempre detuvo mi ardiente anhelo la odiada posesion de un dueño venturoso! ¡Hoy ya es libre! ¡Sí! ¡Nada hay más libre que un cadáver!

«Nunca he podido sin caer en el ultraje lograr siquiera que supiese que la adoro... y hoy sin que mi labio pronuncie una frase, su espíritu lo verá en mi alma.

«¡Oh!... si todo es eternidad para el espíritu... eternamente se tendrá que acordar de este ferviente amor mío!

«La última mirada, la última en que mi alma retrate su belleza que aun ha de parecerme más interesante al verla pálida y dormida en el eterno sueño.»

En estas últimas ideas... si ideas pueden llamarse las hijas de tan doloroso desvario, llegaron al punto donde hoy se eleva una blanca y sencilla Cruz, como recuerdo del suceso que dió origen á esta tradicion.

Habia llegado el instante de descubrir el cadáver y tomar acta de la entrega.

Levantaron la pesada tapa de plomo y agolpó la curiosidad á los más cercanos.

En aquel supremo instante, el alma entera del Duque acudió á sus ojos y huyó por un momento todo vigor de vida de sus demás sentidos para concentrarse en su mirada.

Entonces... ¡ay! entonces... algo del hielo de aquellos frios restos recorrió las fibras todas de su cuerpo: y aquellos sentidos, antes suspensos, volvieron á su sér llevando implacables al espíritu abatido todas las más crueles sensaciones.

El horrible aspecto: la helada rigidez: la fetidez irresistible y las exclamaciones de repugnancia de los concurrentes... entraron en tropel en aquella alma soñadora y arrancaron una á una sus ilusiones más queridas!

¿Quién puede describir fielmente la angustia del Duque de Gandía en aquel momento terrible?

¿Qué frases bastan á representar las impresiones íntimas de un alma en tan horroroso trance?...

¡Tambien el amor muere al contagio de un cadáver!

¿Cómo habia de existir un instante más la ilusion inspirada y acrecentada por la belleza ante aquella horrible fealdad?

¿Qué atraccion podia existir hácia lo repugnante?

¿Qué calor de fantasía habia de resistir aquella helada podredumbre?...

Intimidado á jurar el Duque sobre la identidad de aquel cadáver, apenas pudo balbuciente afirmar que el cuidado y diligencia tenidos en su custodia eran los únicos fundamentos para poder asegurar que *aquello...* era la Emperatriz!

Turbios sus ojos, sin color la faz, comprimido el pecho y sin más señal de vida que el esfuerzo para no caer desplomado al peso de su desventura, presenció el de Gandía lo restante de la escena.

Si es dado á nuestra mente conocer los misteriosos estados de un alma; si es lícito hundir el escalpelo de la razon en un espíritu, podremos afirmar que el alma que sufre tan inmensa impresion, sin romper los lazos que á la vida la sujetan, no tiene más que dos caminos que seguir; ó el peso que la oprime la hunde en el profundo abismo de la imbecilidad ó una vigorosa reaccion la impele á la altura gigante del misticismo.

Estos caminos se abrieron al espíritu de Borja y eligió el suyo en el acto.

Pero lo que en otra alma menos privilegiada hubiera sido arrebatado y delirante hasta llegar al más exagerado extremo, sucedió en la suya de distinta manera. Ni la energia del espíritu borró la helada impresion de su desengaño, ni esta consumió las fuerzas y el vigor del alma.

Era Borja como los volcanes coronados por eternas nieves.

Ni el fuego de sus entrañas derrite el hielo ni la nieve apaga el volcan.

Por esto en aquella ocasion un voto solemne decidió su voluntad; y cuando con lúgubre sonido cayó para siempre la tapa de plomo sobre aquel ataúd, quedaron en él sepultados junto á los restos de una que fué hermosa mujer... los deseos, ilusiones, afectos y atractivos todos de lo mundano que habia hasta entonces guardado el alma de un hombre!

Entonces al hacer el solemne voto de consagrarse al amor divino, único manantial que puede apagar la sed de eternidad que debió sentir en aquel momento de hastío y repugnancia para todo lo que del polvo nace y en él se convierte... entonces sembró en su alma D. Francisco de Borja el grano de oro que oculto en la tierra llega con el tiempo y

el cultivo á germinar esbulto, ostentando al fin la dorada espiga en que multiplicado reaparece.

No es de este lugar, ni cabe en las cortas dimensiones de este humilde trabajo, referir de qué manera fué germinando y creciendo la semilla; bástanos recordar que fué fecunda, considerando que renunciados sus títulos y honores y despidiéndose de todo lo mundano entró en la comunidad religiosa que entonces parecía más fielmente afecta al servicio de Dios; que en 1551 cantaba su primera misa el que se llamaba ya el P. Francisco, y que el Papa Clemente IX antepuso al nombre del que había renunciado los pomposos títulos que le seguían... la palabra *santo!*

Cuantas veces hemos pasado junto á la *Cruz Blanca* del Triunfo, hemos sentido una viva impresion, superior á las que producen las infinitas tradiciones de que tan rica es Granada; porque en ninguna como en ella recordamos escena más íntima de un alma ni de mayores y trascendentales consecuencias para un sér humano.

Débase á esta irresistible atraccion de lo interesante, el olvido en que pusimos nuestras escasas fuerzas al elegir un asunto en que el filósofo y el poeta pudieran seguramente encontrar las bellezas y pensamientos profundos que se han escapado á nuestra pobre mente y humilde fantasía.



INDICE.

	PÁGINAS.
Acta de la sesion.	3
Palabras pronunciadas por D. Antonio Lopez Muñoz, Presidente del Liceo.	7
Discurso leído por el Excmo. Sr. D. José María Jaudenes, Presidente del Jurado.	13
PRIMER TEMA.	
Premio.—Rendicion de Granada y entrada en ella de los Reyes Católicos, por D. Carlos Luis Cuenca.	23
Accessit.—Rendicion de Granada y entrada de los Reyes Católicos, por D. Juan Tejon Rodriguez	33
Menciones honoríficas.—Rendicion de Granada y entrada en ella de los Reyes Católicos, por D. Francisco Javier Gosalvez	51
TERCER TEMA.	
Premio.—Al héroe de la Caridad San Juan de Dios, poesía de la Sra. D. ^a Enriqueta Lozano de Vilchez.	73
Accessit.—Oda á San Juan de Dios, por D. Aureliano Ruiz.	79
CUARTO TEMA.	
Premio.—Roma pagana, poesía de la Sra. D. ^a Enriqueta Lozano de Vilchez.	85
QUINTO TEMA.	
Premio.—La Cruz Blanca, tradicion granadina por D. José Acosta y Werter.	91
Accessit.—La Cruz Blanca, tradicion granadina por D. Carlos Luis Cuenca.	101